

Vampiros en la mitología de la tristeza o Del exilio dentro de la misma casa

(Tango novelado)

Edgardo Loís



Serie  De sabihondos y suicidas

Diseño de tapa

Carlos Salatino

Foto de tapa

Eduardo Noriega

I.S.B.N.

987-98744-4-7

1° Edición en papel

Octubre 2002

Ediciones Papeles de Boedo

E-Mail del autor

elois_ar@yahoo.com.ar

Esta versión virtual de
"Vampiros en la mitología de la
tristeza o Del exilio dentro de la
misma casa" ha sido distribuida
gratuitamente por

<http://elciruja.unlugar.com>

Cualquier tipo de
comercialización de la misma
sin expresa autorización del
autor constituye delito penado
por leyes internacionales de I. S.

B. N.

E-Mail:

webmaster@elciruja.unlugar.com

Para Gaby, mi Gallega

EL AUTOR

Edgardo Lois nació en Buenos Aires el 22 de abril de 1962.

Publicó: *Bitácora de lluvia* (novela); *Vuelo interno (sobre un espejo y la muerte)* (novela); *Anecdótica historia de la muerte* (relatos); *México, un refugio en Buenos Aires* (textos cortos, escenas robadas en un café); *Café Margot* (prosa y poesía, autores varios).

Esperan una oportunidad: *Yosapaquil, una historia de payasos en Buenos Aires* (novela) y *24 hojas Hit, anotaciones en la Villa de Merlo, San Luis* (relatos).

Actualmente es secretario de redacción del periódico *Desde Boedo*.

“– Uno está acá... pero no porque vino... no... eso es lo que se creen ustedes... uno vino una vez y ya no se pudo ir más... pero... no fue uno el que vino... a uno lo trajeron... Solo, al vaciadero, no viene nadie. Siempre hay alguien o algo que te trae... yo no vine solo... a mí me... me... trajo... ¿qué me trajo que ya... no me acuerdo?”

*de El vaciadero
de Julián Centeya*

“Hay momentos en que la ciudad, con sus luces y vital movimiento, parece alejarse de uno. “Es la vida”. Mi viejo solía decir: “Hay cosas que colgadas parecen bolsas y al revés bolsas otra vez”. Y es así. Por más que uno las dé vueltas, son así. Qué sé yo. Me parece que esto tendría que ser diferente. A veces uno siente la necesidad de verse como es, y quisiera hacer otras cosas y contárselas a alguno que no nos mire con ojos de gallina y piense: “Mirá por dónde se le dio a éste”.

*de Seguiré contando hasta el fin
de Lubrano Zas*

**“Solamente los espejos
quieren mi reflejo
esconder”**

*de Vampiro
de Charly García y Pedro Aznar*

**“Quiero soledad
sin un alma en esta noche,
porque hoy, este blues es para mí”**

*de Piso de madera
de La Mississippi (R. Tapia/ Z. Yeyati)*

Uno

No había nacido de la manera que cuenta la leyenda.

Nada sabía de la oscuridad primordial.

La memoria lo acompaña y desde hace una eternidad sabe de la existencia de la esquina.

La esquina al sol.

La esquina en la lluvia.

La esquina en la noche del frío.

Nunca le gustó el calor de Buenos Aires. No recuerda su esquina en el calor húmedo de Buenos Aires.

Él la nombra, mi Buenos Aires, dice; pero al instante la rebautiza, la llama de otra forma. Empezó como un juego que es la forma como empieza cualquier accidente u ofensa. Empezó como un juego, pero hoy la llama, cariñosamente, “mi mierda”.

Si bien no guarda recuerdos de una Buenos Aires distinta, está convencido de que antes era de otra manera.

Casi jura que Buenos Aires antes tuvo otra cara o careta. Pero son sólo sospechas desde la esquina.

La esquina, desde donde él llama “mi mierda” a Buenos Aires, está ubicada en Buenos Aires y más precisamente en la confluencia de dos calles de San Telmo.

Él sólo tiene memoria para la decadencia, es apenas memorioso para contar las caras de los que ya no están.

Sí, él dice que ya no están y es extraño y es cierto. Ellos no están, pero porque nunca llegaron.

II

Sólo cuando se produjo el roce y no antes, Luis Lacre, comenzó la observación del vendedor. Lo vio agacharse sobre un pasajero que estaba a su lado. Ahí fue donde nacieron el roce y la mirada.

Luis Lacre había iniciado la mañana, como era su costumbre, desde una esquina. No había mañana posible si no partía desde una esquina, desde un café en una esquina. El día empezaba ahí o desde ahí, no antes, nunca al pie de su cama.

El vendedor murmuró algo al pasajero que estaba sentado, algo que Luis Lacre no logró entender por estar tan cerca del cielo del colectivo. La acción ocurre sobre la tierra intermedia. Cada mañana, Luis Lacre ya habiendo iniciado el día desde un café en una esquina, sube al colectivo desde la tierra baja o baja tierra que es donde crecen las paradas bondineras.

La venta no resultó. Era todo por un peso, pero fue todo por varias caras de asco. Varios pares de ojos fueron obligados a salir a jugar por las ventanillas. A jugar por Buenos Aires, la de afuera. A jugar para no ver la Buenos Aires de adentro. Cantidad de Buenos Aires son posibles en esta única Buenos Aires por donde ahora juegan los pares de ojos salidos por las ventanillas.

Otras personas eligieron el piso, no todos fueron al cristal. Era casi seguro para Luis Lacre que aquellos que iban parados daban gracias por no tener que agarrar los paquetes de caramelos surtidos que el flaco dejaba en mano.

En las filas de asientos apareció el murmullo, generado por el “no” mordido en la “o”, que prácticamente no se entiende, pero que Luis Lacre tiene bien relojado. No, como si se tratara de algo sucio. No, porque hay que tener cuidado al contagio. Personas mirando de lejos, desde lejanías mayores a las que comúnmente se encuentran en la mirada de la mayoría de los que suben al colectivo. Mirada típica para subir al colectivo. Mirada que provee del desentendimiento necesario para así no registrar al que viaja al lado, sea o no conocido.

Luis Lacre siguió al flaco con la mirada. Los paquetes de caramelos surtidos volvieron uno a uno a la caja. Nada, cero, una venta de mierda. Qué ciudad de mierda, se dijo Luis Lacre. Qué gente de mierda, siguió. No están, es como si nunca hubiesen subido al bondi, es como si nunca los hubiesen parido, terminó al tiempo que el flaco agradecía al colectivero y saltaba hacia el cemento.

Llegó la parada frente a la plaza. Luis Lacre baja cada mañana sobre la avenida, baja cada día, en días sólo posibles desde un café en una esquina.

Luis Lacre baja frente a la plaza en un nuevo intento, en una nueva declaración de principios sobre su Buenos Aires.

II

Luis Lacre espera el muñequito blanco y cruza la avenida. Cruza despacio, ya no está para carreras. Pisa la vereda de alquitrán con dibujo de bicisenda y sube los cinco escalones que lo colocan sobre la plaza.

Camina algunos metros por el sendero ancho y armado de pequeños ladrillos. A su derecha y sobre un banco hay un hombre acostado. Duerme. El paisaje afirma que ese hombre durmió ahí durante toda la noche. Luis Lacre lo mira, detiene sus pasos y una vez más aparece en su memoria el subtítulo. Película subtitulada donde alguna vez leyó “pensar que alguna vez fue el bebé de alguien”. Una pareja caminaba en una plaza. Eran espiados. Ella es la que dice la frase. El subtítulo de aquella película no lo abandona en ninguna de las plazas de Buenos Aires.

En otro banco vio a un hombre en estado de ebullición. Comida para palomas en una mano y palomas a su alrededor. Luis Lacre vio cómo ese hombre se tiraba semillas sobre el cuerpo y cómo parecía hervir y cambiar de forma con su carne hecha del hambre de tantas palomas. Una especie de escultura al viento, a la desesperación de los pequeños cuerpos en el cuerpo.

Luis Lacre ya se encuentra en el centro de la plaza. Mira al cielo y hace un típico ejercicio para aclarar la voz. Su mano derecha juega con dos monedas que tiene en el bolsillo de su saco. Dos monedas de diez centavos, el vuelto del colectivo. Deja el juego y con la vista al frente, pronuncia en voz alta, Buenos días... buenos días a todos. Dentro de algunos momentos habrá atravesado el parque. Por lo menos repetirá diez veces su Buenos días... buenos días a todos.

Es una mañana fresca. Luis Lacre prefiere el frío al calor.

Había pocas personas en el parque y ninguna cerca de Luis Lacre.

Dos

Juan Bara desafía a la leyenda.

Sale a caminar al atardecer. Cuando la tarde se dirige hacia la noche, Juan Bara se aleja de sus cartones, del viejo changuito y las bolsas que protegen sus cosas.

La mayor parte del día se la pasa sin hablar mucho, apenas y sólo lo necesario cuando la situación no conduce a ningún lado, pero en cambio sabe de montar la escena cuando una punta aparece a la vista. A veces la decisión es tomada por una sospecha, una especie de premonición se manifiesta. No hay elementos válidos, lógicos para ser tenidos en cuenta, Juan Bara no puede, no podría explicarlo, pero si la sospecha aparece, la sigue.

Debido a su aplicación a la sospecha es que Juan Bara ha vivido lo que ha vivido. No es fácil la vida en estos años.

Los recuerdos lo llevan a una primera noche. Todos guardamos una primera noche. Inevitable primera noche en la que Juan Bara salió a caminar desde su esquina alejándose de sus cartones, del viejo changuito y las bolsas que protegen sus cosas.

Camina por veredas empinadas. Va hacia las alturas donde se encuentra la plaza. Mientras camina ve brillar algo entre los adoquines. El pasto negro noche brilla con un toque de rocío. Se agacha y nada. Se incorpora y sigue caminando por la vereda angosta. Pasa por el último de los quioscos de revistas que queda abierto. Se detiene a mirar los titulares de la sexta.

Está a casi dos cuadras de la plaza.

La plaza está rodeada por una atmósfera. La plaza es como un planeta en el espacio.

Nada se escucha. Si el silencio puede parir una noche es ésta y ninguna otra. Parto perfecto, siempre presente la perfección en el recuerdo de la primera noche, y entonces horrendamente concebida, en ella nada se escucha. Ella se había acercado a media tarde. Para hablar, dijo; para satisfacer la más simple de las curiosidades, pensaba Juan Bara mientras los mecanismos de la escena comenzaban a armar la punta conspirativa. Armar a partir de la frase capaz de despertar el enigma, armar acompañando la frase con la mirada indicada para cada caso.

Ella camina hacia la plaza.

Ella se acerca a un banco de la plaza cuando Juan Bara recorre la última esquina y la ve. Se acerca y saluda.

Los dos se sientan en el banco. Ella cruza las piernas. Tiene una pollera un poco larga, pero tres botones desprendidos permiten a Juan Bara observar sus piernas. Medias negras de atractivo dibujo producen el sonido necesario que indica que una mujer se ha cruzado de piernas.

Lindas piernas, dice Juan Bara al tiempo que ella traba su cara a mitad de una casi sonrisa. Ella ensaya una mirada hacia la calle cercana, pero no hay nada para ver. Ella está nerviosa y Juan Bara lo percibe.

Todo es silencio cuando ella dice o pregunta, ¿Cuánto hace que vive en la calle? Todo es silencio cuando Juan Bara pregunta, ¿Puedo? y, sin esperar respuesta, desliza su mano derecha sobre la pierna izquierda de ella. El deslizar comienza en la rodilla y lento sube mientras Juan Bara la mira a los ojos y mientras ella muestra su boca de labios entreabiertos. No tuvo mucho tiempo para pensar, un instante entre la primera sensación y la libertad del botón de la pollera que seguía.

Ella no bajaba la vista y tampoco juntaba los labios que seguían entreabiertos.

Juan Bara hizo la fuerza necesaria como para indicar el camino y esperó un momento. Ella comprendió o la pierna, en movimiento reflejo, comenzó a bajar.

La mano derecha de Juan Bara estaba sucia como sucio está el cuerpo de todo aquel que vive en la calle. La mano avanzó y se perdió entre las piernas. Ella parecía haber recibido un latigazo y de puro estremecimiento se sacudió sobre la piedra del banco. Lo seguía mirando, sólo por momentos prefería cerrar los ojos y apretar los labios. Luego volvía a mirarlo.

La mano izquierda de Juan Bara, en la noche perfecta en que nada se escuchaba, empezó a desabrochar los botones de su viejo pantalón. Ella bajó la mirada y volvió a subirla hasta los ojos del compañero de banco. La mano derecha de Juan Bara, en la noche perfecta en que nada ni nadie caminaba, dejó la humedad y la tela mínima volvió a ocupar el territorio perdido corriéndose hacia la derecha. Al tiempo que Juan Bara le ponía frente a la cara su mano sucia para que ella viera, liberaba su miembro y con él un olor penetrante, ácido y dulzón, fue invitado a la noche. La mano izquierda de Juan Bara fue hacia la nuca de ella. La tomó fuerte del pelo y la empujó hacia abajo. Al principio, la resistencia fue mínima, pero nada más. Después todo fue suave, situación que Juan Bara aprovechó para apretar un poco más su puño. El pelo estaba más tenso cuando ella abrió la boca y todo el miembro entró en ella.

Juan Bara la escuchaba chupar. Ella lo limpiaba. Ella liberó el miembro cuando entendió, mediante un renovado tirón en el pelo, que debía incorporarse. Tenía algo de suciedad en la comisura derecha de la boca, suciedad apenas brillante.

Juan Bara la hizo parar y la puso justo frente a él. La hizo girar, ella mirando hacia la calle, hacia la pared después de la calle y la vereda angosta. La pollera subió y dos tirones terminaron con su ropa interior. Juan Bara se la guardó en un bolsillo del saco. Luego la trajo hacia él. De espaldas, dos pasos hacia atrás y de un tirón, mientras la rodeaba con las puntas de la pollera abierta, la bajó sobre su miembro erecto. Juan Bara largó la pollera y su mano derecha tapó la boca de ella y la izquierda se perdió en violentas oleadas sobre el sexo. Luego las dos manos buscaron entre la ropa hasta hallar los pezones erectos. La presión sobre las tetas era violenta. También las sacudidas. Juan Bara la sintió aflojarse un par de veces. Todo era rápido.

La agarró del pelo, otra vez y ahora del lado izquierdo. La obligó a torcer el cuello y cuando tuvo la piel liberada, su mano izquierda tapó su boca y la derecha hizo fuerza y la aplastó contra él. Fue ahí cuando Juan Bara la mordió en el cuello con total salvajismo. Ella se puso tensa, trató de liberarse, pero no pudo. Fue un único intento, nada más. La sangre corría mojando la ropa mientras ella se aflojaba. Juan Bara eyaculaba por primera vez de esta forma. Eyaculaba mientras se alimentaba.

Luego, Juan Bara, haría girar el cuello de la mujer para escuchar el rumor de los huesos.



Una vez más, Hugo Primus, había decidido arrancar el día temprano. Arrancar desde el banco de una plaza. Temprano, debía ser temprano y para lograrlo debía estar solo. Si la Rusita se quedaba a dormir era imposible. Sabía del poder del cuerpo caliente de la Rusita en la mañana. No hubiese podido llevar anclas.

Así que hallándose libre desde que la niña se montara en un taxi, logró el objetivo y llegó temprano a la plaza. Estar sentado en una plaza era estar tranquilo, libre de luces, al natural. Nada que ver con la milonga donde el tango hace de las suyas mientras el ambiente va mutando a cada momento.

La existencia de la Rusita era todo un logro para Hugo Primus, un habitante típico de la milonga. Consultado alguna vez sobre el por qué de la vertiginosa sucesión de imágenes que contenían distintos rostros de mujer, Hugo Primus dijo, El tango... y qué querés. El tango y la noche condenaban a Primus a la tortura de la sucesión. Las nenitas circulaban y circularon hasta que la Rusita, con tranquilidad y presencia, se hizo un lugar en el interior galopante de la carne de Hugo Primus.

Se recuerda en la milonga, a pesar de los meses transcurridos, aquella ocasión durante la descuidada noche de un viernes, el momento en que Hugo Primus se llamó a la meditación dejando a mitad de camino la jugarreta, a todo el ángel y a todo el cuerpo, de una pebeta infartante. No era que Primus temiera alguna escena, todos en la milonga sabían que Primus estaba más allá del qué dirán. No era que Hugo Primus estuviera vigilado, marcado cuerpo a cuerpo y con un satélite espía flotando en el cielo milonguero. No, no era eso. La cuestión era sumamente simple, estaba la Rusita. Mientras la pebeta infartante hacía gala de punta de lengua y tres cuartos de tetas sobre piel blanca y tela negra, Hugo Primus sólo pensaba que la Rusita estaba por ahí. Esperando, nada más que esperando a su hombre. Todos recuerdan la extrañeza en aquella noche de viernes de hace varios meses. Hugo Primus decidió y entonces la Rusita era su mujer. La sucesión conspirativa del tango y la noche parecía haber terminado.

Entonces, anoche y debido a una razón cristalina, limpia definitivamente de ruindades y traiciones, Hugo Primus subió a la Rusita a un taxi y le dijo, Mañana te llamo.

Primus aspiraba el aire fresco de la mañana. Hacía unas semanas, quizá tres, que hacía la misma jugada. Arrancar de mañana, temprano, en una plaza. Si bien es cierto que los días no fueron muchos, sí los suficientes como para tomarle el gustito a la acción.

Hugo Primus sabía que esta mañana era distinta. Estaba limitada por el tiempo. A pocos metros de la plaza estaba el sanatorio y en alguna de las planillas pertenecientes a clínica médica estaba su nombre y apellido. Nada serio. Un malestar estomacal que se repetía. Tenía turno a las diez. Hugo Primus sabía que hoy la plaza tenía límites. En la plaza no hacía ninguna actividad precisa, nada más estaba. A veces leía, a veces miraba las palomas, a veces miraba a la gente. La que cruzaba la plaza, la que había dormido ahí o los que nada más se sentaban en algún banco. La mañana tenía límites y eso la hacía distinta. Pero había algo más, hubo algo más mientras Hugo Primus se dedicó a mirar la plaza.

A unos cincuenta metros había un par de hombres durmiendo en dos bancos. Venían de la noche. Entre los dos hombres que duermen, uno a cada lado del sendero ancho de la plaza, hay un hombre viejo que detuvo su paso y que mira al que duerme a su derecha. De espaldas a Hugo Primus, hay otro hombre que está en medio de un remolino de palomas en busca de comida. Primus piensa que el loco de las palomas se tira las semillas sobre el cuerpo. Hugo Primus ve cómo el hombre que se detuvo frente al hombre que duerme en el banco, mira hacia el que alimenta a las palomas. Nadie más camina en la plaza, en ese sector de la plaza, en el centro mismo. Hugo Primus ve cómo el hombre que detuvo su paso mira al cielo y luego reinicia su camino. Dobla a su derecha por un camino que lo va a llevar muy cerca de Primus. De frente, casi de frente viene caminando el hombre viejo

que parece venir hablando solo. Hugo Primus ya no tiene dudas de que el hombre viene hablando solo cuando comienza a escuchar, Todos... buenos días... buenos días a todos, en voz alta y en una plaza casi vacía.

IV

Hugo Primus miró una vez más a su alrededor y se dispuso a certificar el límite real que hoy tenía la plaza. Clínica médica... estómago, se dijo y comenzó a moverse.

El sanatorio estaba a unos metros a la derecha de la salida o la entrada que la plaza tiene sobre una calle angosta. Caminó los metros hasta la puerta de cristal del sanatorio. A pasos de la puerta se encontró con un viejo, con un prodigio de ancianidad que, con los ojos, pedía ayuda para vencer la fuerza de la puerta. Hugo Primus volvió sobre sus pasos y abrió la hoja de cristal para que el viejo pasara.

Luego se paró frente a los carteles indicadores. Centró la vista sobre el objetivo y una vez que tuvo el dato encaró hacia las escaleras. Eran pocos pisos, dos, y como era costumbre en Primus, usó las escaleras. Los ascensores sólo para pisos altos, de lo contrario eran para las personas mayores o con problemas. Primus guardaba la misma conducta para con las monedas caídas en la calle. No las levantaba; las veía, pero seguía su camino. Él tenía monedas en el bolsillo, al menos hasta ahora así sucedía, por lo tanto las monedas de la calle no eran para él.

Hugo Primus llegó al primer piso. Había un mostrador donde un par de chicas atendía una fila de por lo menos diez personas. Detrás del mostrador se distribuían los asientos para la espera. Mientras buscaba un lugar para poder pasar, escuchó la queja. No era la queja típica de sanatorio. Gente quejándose por demoras, por papeles, por trámites molestos. La queja venía de una camilla que parecía isla, isla en el mar, pero isla que estaba habitada. Primus se dijo, Aún está habitada... porque todo puede ocurrir, cuando volvió a escuchar la queja y el grito de dolor. En la camilla había una vieja, y al igual que el viejo de la puerta, increíblemente vieja. No había camillero; no había enfermera; no había pariente que la contemplara desesperado. Sólo la queja mientras las chicas y las diez personas de la cola y las que esperaban sentadas seguían en su ritmo de mañana. Dios... diosito, por favor... por favor, me duele... por favor una cama blanda, escuchó Hugo Primus que más allá de quedar paralizado frente al espectáculo, fue uno más en el circo. No hizo nada. Sólo miraba, registraba. En un momento se acercó una mujer para tratar de hablar con la vieja. Pero Hugo Primus no escuchó las palabras; había encontrado el paso y ya estaba a mitad de camino hacia el segundo piso.

El lamento quedó atrás. Hizo el papeleo de rigor y fue a buscar asiento. En el asiento, en el momento en que jugaba a remover recuerdos y escombros, el saludo volvió a él, Buenos días... buenos días a todos. Primus buscó enseguida con los ojos. La escalera, el saludo venía de la escalera, de esa que lleva o trae hacia o desde el tercer piso. Buenos días... buenos días a todos, el viejo bajaba al segundo piso. El mismo viejo de la plaza. Flaco, con ropas gastadas. Caminó por todo el piso, sin molestar a nadie, con la vista al frente, sin mirar a nadie y repitiendo, Buenos días... buenos días a todos.



Luis Lacre estaba a punto de terminar la recorrida por el segundo piso del sanatorio. Imposible llevar la cuenta de la cantidad de veces que repitió su Buenos días... buenos días a todos. La vista al frente, apenas desviada hacia abajo mientras bajaba por las escaleras. Las recepcionistas del piso no pararon con sus actividades, no pararon para ver al hombre viejo llamado Luis Lacre que había llegado del tercer piso. Para ellas, Luis Lacre no importaba. Durante la recorrida, a una mujer gorda, se le escapó, Pobre hombre y ante la mirada inquisitiva de una piba que estaba sentada enfrente, sentenció, Está mal. El resto de las personas no pareció extrañarse demasiado. Las cabezas se levantaron, los ojos fueron hacia Luis Lacre y luego investigaron a su alrededor. Así, sólo la mujer gorda dijo lo que dijo. Nadie más dijo nada. Al parecer, el resto ya sabía.

Todos sabían, menos uno.

Un hombre no perdía detalle del hombre viejo llamado Luis Lacre. Sólo tenía ojos para Luis Lacre, sólo oídos para la repetición del saludo. Si hubiese estado más abierto, más perceptivo hacia el resto del paisaje, se hubiese dado cuenta de que no estaba frente a ninguna novedad. Nada nuevo bajo los tubos fluorescentes del sanatorio.

Luis Lacre terminó la recorrida por el piso y comenzó el descenso hacia el primero. El hombre se paró y se fue caminando directo hacia Luis Lacre que apenas desviaba la vista hacia abajo porque otra vez estaba sobre escaleras. Luis Lacre repetía, Buenos días... buenos días a todos.

Llegaron hasta el subsuelo. Una sola vez, Luis Lacre, se dio vuelta en la escalera y llegó a morder con la mirada, apenas, la figura del hombre que lo seguía. En el subsuelo hay un pasillo que comunica con el casco principal del sanatorio que está ubicado sobre una avenida paralela a la calle angosta, en el otro extremo de la gran manzana que reúne sanatorio y plaza.

El hombre se adelantó, pasó a Luis Lacre justo en un silencio entre saludo y saludo.

Algunas personas miraban, otras no.

Luis Lacre quedó atrás unos metros.

El hombre lo esperaba sentado en una silla. El hombre esperaba en una de las pequeñas bahías que se repetían a lo largo del pasillo. Bahías para esperantes y frente a la primera de ellas pasó Luis Lacre con la vista al frente y con la repetición entre los labios.

Una vez más el hombre volvió a superar al hombre viejo llamado Luis Lacre que siempre recorre el sanatorio. Nuevamente lo esperó sentado y con la vista atenta.

Tres

A Juan Bara siempre le gustaron las historias. Se tomaba su tiempo a la hora de escucharlas.

Juan Bara siempre tuvo una especie de mecánica adivinatoria hacia los portadores de historias. Muchos son los que pueden tener una historia para contar, pero en cambio, pocos son los que efectivamente pueden hacerlo. Ahí es donde la mecánica adivinatoria de Juan Bara se abalanzaba sobre el portador. Ahí es cuando Juan Bara

disponía suspender los movimientos rápidos, las distintas nociones del tiempo, se podría afirmar que abandonaba el renglón del tiempo para escuchar al tipo que tenía una historia para contar.

Entonces el hombre se acercó de a poco. Al principio el toque de desconfianza, los pasos lentos, medidos entre el querer y el hacer. Pero al final triunfó la intriga, las ganas. El hombre, de unos cuarenta años, midió los pasos necesarios para largar las primeras palabras. Quien lo hubiese visto antes de esos últimos pasos hacia Juan Bara, habría notado que el cálculo, la lentitud en el paso por las veredas de San Telmo, no era reciente. Caminaba lento desde antes del relato.

El buenas tardes reglamentario y el subsiguiente disculpe antecedieron el movimiento de la cabeza, señalando la vereda, de Juan Bara. El hombre que medía sus pasos había sido autorizado a entrar en la esquina. En ese momento Juan Bara sospechó.

La sospecha lo predispuso de otra manera, lo salvó, de momento, de la pulsión animal que de aparecer anulaba los distintos caminos por los cuales también es posible vivir.

Nada más salí a caminar, así afirmó. Nada más salí a caminar porque no había otra cosa para hacer.

Cómo es señor, cómo es vivir sin hacer nada, fue como más o menos, y poniéndose un poco colorado, preguntó a Juan Bara. Cómo es posible vivir, señor, aguantando el no hacer.

Juan Bara fue solo una sonrisa al tiempo que se sentaba en el cordón de la vereda. Por un momento le dio la espalda, luego el hombre, sintiéndose invitado, se sentó a su lado.

Volvió a pronunciar su “Cómo” entre referencias a distintas formas de sentirse solo, aparte, descolocado en esta, su ciudad, que hasta ayer nomás, lo apañaba, lo identificaba por su típica manera de caminar. Pero ahora camino despacio... lento... piso con cuidado porque cuando piso la calle... me parece que está hecha de otra cosa... no es la misma calle... las cosas no son las mismas y... cuando ahora camino... la ciudad parece ponerse de costado... una sensación de patinar... hay una sensación de ardor cuando miro a los demás... que me deja sin aire, sin reflejos.

También se puede hacer la vida al ritmo de la nada, pensó Juan Bara, pero al instante descartó la respuesta porque le pareció con demasiado saco y demasiada corbata, con demasiado pelo corto y con algunas gotas de teléfono celular. Juan Bara se sintió distante. Prefirió entonces, Mirá, la vida bien puede ser una mierda en esta ciudad de mierda, y así se sintió más libre. Qué cómo se puede, se puede... nada más precisás entender... que te dejaron afuera de la cucha.

De recuerdos de cuando tenía algo para hacer, de cuando el trabajo todavía era capaz de afanarle parte del día, el hombre fue adornando la esquina. Esa sensación de no estar agarrado a nada... Buenos Aires se hace hielo... y me voy... entonces camino lento... hablo lento y bajito como pidiendo permiso... algunos ya no me escuchan... ya no me llaman... la garganta se seca... las palabras cuestan cuando... parece mentira... hasta hace poco salían tan fácil.

Yo la llamo mi mierda, pero creo que antes fue distinta... por ahí dicen que era distinta... dicen que antes no era de hielo. El hombre cortó a Juan Bara para reafirmar la especie especulativa, Era distinta.

Pero siempre tuvo hielo... más o menos... de ella siempre se cayó la gente por alguno de los costados... a veces más... a veces menos... eso sí, nunca como ahora, cerró la boca Juan Bara que a partir de ahí libró a su tiempo

de otras obligaciones típicas del no hacer. Escuchó en su esquina de San Telmo hasta que el hombre, que ahora caminaba lento, dejó de hablar, agradeció la oreja amiga y se fue.

VI

Como era de esperar, en el segundo piso, un médico pronunció dos veces un nombre: Hugo Primus, y nadie contestó.

Después del segundo lance con la mirada, Hugo Primus, caminó hacia la planta baja. Iba en busca de la calle angosta, cuando el azar soltó una hilacha a metros de su oído.

La mujer gorda caminaba codo a codo con la piba de mirada inquisitiva. La mujer gorda una vez más dijo, Pobre hombre, y remató con un final típico de persona que habla en un sanatorio, Qué se le va a hacer... así es la vida, qué terrible. La piba seguía escuchando, no preguntaba. Las palabras escuchadas por Hugo Primus entraron en escena cuando la apertura de la puerta de cristal ocasionaba la detención de dos grupos de personas, los que salían y los que entraban. Todos esperando un lugar para poder pasar. En ese preciso momento, en ese movimiento de piezas entre las orillas de la puerta de entrada, apareció una línea más en la boca de la mujer gorda, Cómo duele cuando uno pierde a un amigo, y fue justo ahí cuando Hugo Primus vio a un empleado de limpieza que entraba y que clavaba sus ojos en el extenso paisaje de la cara de la mujer gorda.

Hugo Primus no salió del sanatorio. La puerta ya había liberado a la mujer gorda y a la piba de mirada inquisitiva. Las dos llegarían hasta la vereda, sólo unos metros más podía durar la charla de sanatorio. Ninguna charla de sanatorio soporta la libertad de la vereda. Primus se fue detrás del empleado de limpieza. En realidad, fueron algunos pasos porque el empleado enseguida llegó a su vehículo. Se paró ante un carrito con un tacho de basura alto y delgado, elegante. Disculpá, buenos días, arrimó Hugo Primus en la mañana. Buenos días... ¿sí...?, y el flaco levantó la mirada y dejó de acomodar la punta de la bolsa plástica que insistía, la muy turra, en desengancharse. Mirá, vas a pensar que soy loco o medio pelotudo... pero, bueno... te pregunto... ah, tampoco soy un puto pesado... mirá, en la puerta te vi mirar a la gorda... me dije... este flaco... o conoce a la gorda aunque la gorda no le dio pelota... o adivinó de qué hablaba la gorda..., terminó Primus de buscar las palabras adecuadas según su confiado parecer y esperó la respuesta.

Del veterano... sí, algo sé... acá entré hace tres meses... una mierda como en cualquier lado... lo único distinto es que estaba en un trabajo peor... acá al menos me putea un solo hijo de puta... antes eran dos... y entonces me vine. Hugo Primus escuchaba al flaco que afirmó saber algo y con atención se guardaba el inesperado prólogo del laburante.

Viene siempre el viejo... me contaron que viene desde que se le murió un amigo... acá en el sanatorio... a mí me contó un compañero... lo había cuidado toda la noche... y parece que lo quería en serio... lo encontraron una mañana abrazado al amigo... trataba de decirle buenos días... al parecer todo estaba bien y entonces se había ido a tomar un café... cuando volvió, chau... se había muerto. Hugo Primus escuchaba con suma atención y pedía por favor en voz muy baja para que el único hijo de puta que puteaba al flaco no apareciera en ese preciso momento.

Lo tenía abrazado... la cabeza del muerto sobre su pecho... y repetía... buenos días... desde aquella vez que viene todos los días al sanatorio... muchos saben la historia... mucha gente ya lo conoce... pero siempre hay nuevos... enfermos y laburantes... los enfermos porque van y vienen... y nosotros porque nos van o porque nos vamos pensando en algo mejor... hoy se dura poco... hoy no hay lugares.

¿Te gusta el tango...?, preguntó Hugo Primus al tiempo que le daba las gracias por la información.

¿El tango...?, sí, algo... me quedó la costumbre de escuchar tango por mi viejo... sí, me gusta... no... qué voy a bailar... no puedo... no, pero no por tronco... podría aprender... pero, mucha mujer, mucha naifa y soy un calentón... Ricardo, me llamo Ricardo. Hugo Primus dio las gracias una vez más y le pasó una tarjeta de la milonga, su lugar de tango, Decís que vas de parte mía... me llamo Hugo... Hugo Primus... y te atienden como a Gardel.

Hugo Primus nuevamente enfiló hacia la calle angosta. Se sentía distinto y era distinto. Era otro tipo porque ahora guardaba una historia más y porque además sabía que las dos veces que esperó sentado el paso del viejo, las dos veces, había intentado mirarlo a los ojos. Pero no pudo, por alguna razón los ojos se habían quedado enganchados en la lana del pullover que llevaba el viejo. En el pullover, a la altura del pecho.

Como a Gardel, le gritó al flaco que elevó su mano derecha en el aire.

VII

Luis Lacre salió por la puerta grande. Salió por la puerta del sanatorio que está sobre la avenida. La última vez que dijo su Buenos días a todos en la mañana fue entre el segundo y el tercero de los escalones que lo depositaron en la vereda. Al instante quedó rodeado de caminantes. Personas que esquivan al boludo que está parado y no se mueve. Luis Lacre miró hacia el cielo y el silencio se hizo. Giró a su derecha y caminó hacia la plaza. Unos treinta metros hasta la plaza, hasta otra de sus entradas. Esta entrada estaba a unos setenta metros de la que le permitió, más temprano, su primer descenso sobre el paisaje. Esta puerta también lo ubicaba sobre la galería que formaban los puestos de venta de libros usados. A ambos lados del pasillo angosto se extendían los puestos que llegaban hasta la otra orilla de la plaza, sobre la calle angosta.

Luis Lacre se perdió entre los curiosos de la mañana. Libros usados, libros viejos, libros robados, comics, discos y todo lo que se pueda vender atraía los ojos sobre los puestos desvencijados por los años. Toda esta culta forma de mercar robaba algo del tiempo de Luis Lacre luego de su recorrida de cada mañana. Cuando llovía, la feria de libros no abría, pero aún en silencio y a puertas cerradas, Lacre caminaba por el pasillo desierto.

Llegó al puesto amigo, era obvio que un tipo como Lacre tuviera un amigo o amigos en esa milonga de extraños personajes que, de uno y otro lado del libro en el mostrador, espiaban el lugar. Todos lo tenían por el loco del sanatorio que además leía. Recibía la atención especial que Buenos Aires depara al pobre tipo que no jode a nadie.

Luis Lacre saludó y al instante sus ojos se engancharon en algo. Agarró el libro, lo hizo girar y le miró el lomo. Había estirado su brazo derecho y ahora pasaba su mano izquierda sobre el lomo antes observado. Luis Lacre acariciaba. No tocaba el libro a la pasada, la caricia delataba una extraña relación entre el libro y él. La caricia

era respeto, admiración y a la vez una acción temeraria. Acariciar un libro es una acción temeraria para aquellos que saben de los riesgos posibles cuando se está perdido en una caricia. La lectura trae consecuencias, en eso pensaba Luis Lacre cuando preguntó, ¿Puedo copiar algo? La vieja edición, el libro grande y un número abundante de páginas lo hacían un objeto fuera de alcance para un simple mortal.

“... el fenómeno luminoso conocido comúnmente con el nombre de fuego de San Telmo. Cuando el tiempo está ó ha estado tempestuoso, hallándose la atmósfera muy cargada de electricidad y acercándose mucho á la tierra las nubes, suelen aparecer en las extremidades de los objetos elevados y puntiagudos unas llamas á manera de penachos... suele observarse en los mástiles de las embarcaciones, en las picas ó lanzas de los soldados y hasta en las cabezas de personas y animales”.

Luis Lacre había anotado en una libreta Norte con sus tapas llenas de animales, curiosamente llamas, de color naranja, luego de escuchar, Sí, abuelo, anote lo que quiera.

El abuelo cerró la libreta con las tapas llenas de animalitos dibujados.

En este momento entra en escena Hugo Primus que mira, muy interesado, los movimientos de Luis Lacre que está en plena devolución del libro viejo. Hugo Primus siguió la secuencia. La acción era propia de una librería.

No fue la escena típica de caída de una pila de libros la que hizo mirar a Luis Lacre hacia el lugar donde estaba parado Hugo Primus observando. No, fue pura sospecha unida a la casi total seguridad de que el tipo que lo había seguido en el sanatorio, estaba ahí. Quizás esperando a que él se moviese, quizás aguardando el triunfo de sus ganas de preguntar o quizás soñando con el momento en que fuera descubierto. Luego del sueño hecho realidad, las miradas se cruzaron.

Luis Lacre caminó bordeando una pared circular que rodeaba a un gran árbol.

Hugo Primus, a su vez, caminó decidido.

Buenas tardes, disculpe, señor... lo vi tocar el libro y tuve ganas de hablar con usted... no es común ver a alguien tocar un libro de esa manera.

Tampoco es común que alguien, hoy, repare en estas cosas... no es para nada común, joven señor, que alguien mire... que alguno de tantos apurados repare en estas cosas.

Así finalizó el primer movimiento del primer diálogo entre Luis Lacre y Hugo Primus.

Al instante dije que usted debía tener una relación muy especial con los libros... algo de su pasado o algo de su presente debe estar conectado a los libros, arrió Primus.

Faltó un tiempo... en el futuro, el libro también tendrá que ver conmigo... siempre me acompaña... tiene que ver desde que aprendí a leer... desde que mi viejo empezó a acercarme libros... en el futuro, el libro también tendrá que ver conmigo... como siempre, expuso Lacre antes de aclarar esa pequeña manía de repetir algunas frases.

¡Ah!, me vio, me conoce... sí, sabía que me había visto... sé también que más allá de los libros, usted me vio, me conoce... ¿qué relación tiene con el libro...?

Alguna... me gusta leer... tengo un amigo que escribe... lo miro, veo qué hace... escucho qué dice... señor, disculpe, ¿el sanatorio...?

Me vio, me conoce... y entonces me sigue... busca en los bolsillos y encuentra lo de los libros... divertido, sabroso... placentera sin duda la acción de acariciar, de saber tocar, un libro... pero, no nos engañemos... usted quiere saber de mi recorrida por el sanatorio... es más, también quisiera saber de mí en esta plaza... preguntaría

en el lugar, seguro que ya lo piensa... ¿qué otras cosas hace este loco...?, ¿loco lindo...?, ¿pobre tipo...?, y busca en los bolsillos y encuentra lo de los libros... pero usted quiere más... joven señor, usted busca otra cosa.

Con mucho respeto señor... no es que mienta sobre los libros... nada más vi eso y entonces tuve la confianza suficiente para hablar. Hugo Primus siguió con un largo pedido de disculpas y expresiones de respeto basadas en la figura del amigo muerto. Primus era un hombre de principios para ciertas cuestiones. Primus sabía qué era un amigo y es más, sabía qué era un amigo muerto, Conozco parte de esa historia, la del amigo muerto... es una razón, siempre hay una razón y ésta... En este preciso lugar, Luis Lacre, deslizó, Por qué extraña razón los hombres afirman lo que no saben, pero enseguida simplificó, Por qué no deja ya de hablar boludeces, que era una manera de repetir la frase pero por distinto camino.

Hugo Primus se quedó sin palabras, no por la reiteración de conceptos por caminos diversos sino porque tomó conciencia de que todas las palabras de la mañana pertenecían a Luis Lacre.

A mí me pasa que a veces no pienso que voy a hablar tanto... hoy es uno de esos días... el amigo muerto, sí, claro que la historia pudo haber sido cierta... pero no, es pura invención.

Cuatro

Juan Bara pasa la mayor parte del día solo, esperando. Es en el esperar de cada día que se vienen los recuerdos. Pero a veces, de tantas ganas de escuchar una historia y ante la ausencia de portador, echa mano a sus recuerdos. Como una persona más, cambia y recambia partes, cambia desenlaces mientras en algún lugar de la memoria guarda una aproximación a lo que fue el original. Juan Bara es asaltado por el recuerdo y es él mismo, quien a veces, llama al recuerdo. Como una persona más, Bara, sabe de señales. El frío, solo o con lluvia, lo arrastra por años hasta llegar a Campo de Mayo. El frío, solo o con lluvia, presente en la esquina mientras busca una posición entre el abrigo con el que cuenta, lo lleva a Campo de Mayo.

Juan Bara recuerda porque alguna vez lo hicieron soldado. Un puñado de sensaciones se mezclan o se hacen imágenes a partir del conjuro escuchado a puro grito o parlante. Juan Bara escuchó una vez más, Subordinación y valor, y una vez más se encontró moviendo los labios, acallando su grito, Para defender a la patria. Pero, ¿qué es la patria, Juan?, se preguntó una noche de frío. Para defender a la patria hace falta una patria, ¿qué es una patria, Juan?

Juan Bara dijo que quizás una patria es el lugar donde un grupo de personas se hace dueño de los destinos de los demás. Una patria puede ser insultar, pegar con un palo. Una patria también podría ser el lugar elegido por un soldado conscripto, la puerta del polvorín de la patria, para suicidarse porque ya no aguanta que lo insulten, que le peguen con un palo. Una patria puede ser la hora de la borrachera de tanto milico muriendo en la siesta de todos los días. Una patria puede ser el lugar donde recibir a las putas de la ruta, los hacedores de patrias acabando en despatriadas de la noche.

Juan Bara recuerda Campo de Mayo porque lo invitaron gentilmente a defender a la patria. Estaba la bandera, la escarapela, el himno por los parlantes y la subordinación y valor como parte de la armadura celeste y blanca que todo lo abraza y esconde.

Juan Bara recuerda Campo de Mayo cada vez que se acomoda sobre las baldosas de la esquina. Recuerda cuando dormía al sereno en algún descampado de Mayo porque esa noche, él y algunos ciudadanos más, estaban cuidando a la patria.

Haciendo otros movimientos, otras acciones, Juan Bara termina en otros lugares. Por ejemplo, cuando se mira las manos y descubre su respirar íntimo, su propio olor, no recuerda Campo de Mayo.

Pero cuando se acuesta en la esquina, cuando hace frío, cuando sólo está debajo de un poco de árbol y el cielo, Juan Bara recuerda aquella vez que lo llamaron soldado.

Alguna vez se dijo, Para defender a la patria... una patria bien podría ser el lugar que permite a un hombre seguir siendo hombre, no animal... hombre que forma una familia... hombre que cuida una familia... una patria se hace con techo y comida. Así se dijo Juan Bara, aullando recuerdos en una esquina de San Telmo.

VIII

Hugo Primus había decidido empezar el día en un café, sobre la avenida. Anoche fue tiempo para la milonga. Pero la milonga no fue la misma. A decir verdad, nada había sido igual desde que el viejo del sanatorio, había dicho lo que había dicho.

Sabía Hugo Primus que no hay muchas formas de entender una frase como, Es pura invención.

Sentado en el café reparó, en la mitad del camino de una medialuna, en su puntual sensación de extrañeza. El recuerdo del viejo del sanatorio se sumaba a la sensación de extrañeza descubierta en Hugo Primus por el mismísimo Hugo Primus. No es que nadie se diera cuenta de que Buenos Aires estaba cambiando. Es decir, que había cambiado y que además seguía cambiando. La metamorfosis sin descanso originaba otra ciudad. Una ciudad sobre otra, una ciudad entre los restos de otra, de esto sabía Hugo Primus. Sabía que la calle se hacía distinta a cada momento, presentía que la calle podía terminar siendo terriblemente distinta. La calle condenada al abismo.

La primera vez que tomó contacto directo con su sensación, estaba tomando un café. Recuerda que esperaba a una pebeta de la milonga. Fue cuando sintió la extrañeza, la extraña sensación le decía que la ciudad, Buenos Aires, su ciudad, no le gustaba. Está fea, se dijo Hugo Primus. Está fea, se dijo y se acomodó en su silla y en su tristeza. Hubiese podido llorar. Hay veces en que uno llora; hay otras en que no se llora para comprender luego que efectivamente no había que llorar; y también están esas otras veces en que no se llora para comprender luego, nudo en la garganta mediante, que fue una estupidez no haber llegado a la lágrima. Curiosidades del llorar habitaron las tierras internas de Hugo Primus, el hombre que alguna vez sentado en el café no lloró y que después quedó con algo prendido en los adentros diversos de la garganta.

A la ciudad fea de Hugo Primus se suma el recuerdo del viejo del sanatorio. Pura invención, significa, para el hombre sentado en el café, pura mentira. Primus manotea sobre la mesa, busca la razón, las razones, porque alguna habrá de existir para que el viejo invente una historia de muerte, para que el viejo actúe una historia de muerte.

Hugo Primus no lograba encontrar un marco, ahí la palabra, un marco de referencia para invención tan pura.

No había libro donde leerla, no había teatro que la contuviera, a menos que Hugo Primus aceptara como gran teatro esos lugares que forman la ciudad que hoy está tan fea. Pero nuevamente, si Buenos Aires fuera el teatro o el libro, cuál sería la idea primaria que puso en movimiento semejante argumento.

Los cafés no son los mismos; las caras son boceto y sombra; los viejos edificios desaparecen para renacer en cristalería de cotillón; la calle es bronca, pelea y miseria. Hugo Primus tiene motivos para que las lágrimas atragantadas le recuerden a su Buenos Aires fea. Tiene razón, tiene razones, pero el enigma le queda picando en el borde del área chica, Hugo Primus pica en el borde del área chica. Otra vez un enigma, se dice al tiempo que mira por la ventana buscando los adoquines de la calle. Es en ese pique en la línea cuando comprende que Buenos Aires cambia y que no sabe hasta dónde.

IX

Luis Lacre caminaba, en otra mañana nacida en una esquina con café incluido, por una calle cercana a la plaza y al sanatorio. Pocas personas y algunos autos estacionados sobre la callecita angosta de adoquines. Una de esas calles que por estar medio escondidas de la vista, del caminar, se animan a escaparse de la fila india del tiempo.

Dejó la calle con la idea de caminar un par de cuadras por la avenida. Luis Lacre tuvo ganas de volver sobre lo conocido. Ganas de volver a mirar el paisaje que, al menos hasta ahora, no cambia.

En la primera esquina se encontró con Pablo, el de las esquinas. Pablo tiene unos treinta y cinco años, tiene barba y siempre está vestido con ropa oscura. Pablo pide monedas en las esquinas y su manera de extender el brazo va acompañada por un movimiento pendular. Pablo y su péndulo van desde la pared hasta un lugar en el aire donde detiene su amague de caer sobre la vereda. Desde el lugar en el aire en que se detiene hasta la pared donde choca su espalda, se extiende el arco que traza el péndulo con el que Pablo se acompaña en las esquinas. Mientras tanto su brazo flota sobre el borde del pozo.

Luis Lacre lo mira desde el cordón de la vereda. Hoy simula apuro porque tiene en la cabeza otras cosas. Luis Lacre y su cabeza habitada de todo tipo de cacharos humanos queridos y fantasmales y odiosas criaturas que, vuelta a vuelta, se disfrazan en fantasmas queridos y en odiosas y antes amadas criaturas humanas. Lacre estaba habitado por demás y entonces nada más buscó los ojos de Pablo.

Luis Lacre sonríe. Pablo lo mira, pero sigue inmutable en su movimiento. Lacre acostumbra hablar con Pablo en los recreos del péndulo, cuando la necesidad retrocede y el mundo adquiere cierta apariencia de mundo.

El movimiento pendular de Pablo en esa esquina, en cualquier esquina, lo hace invisible. Luis Lacre sabe que Pablo es invisible cuando llega la noche y cuando va de la pared hasta ese lugar ubicado en el aire y luego vuelve a la pared. Luis Lacre sabe que hoy, Pablo es invisible.

A mitad de cuadra y por la vereda de enfrente, al lado del banco, está Juan con el pibe. Luis Lacre sabe de la mano de Juan en el aire. Si bien ahora puede ver cómo Dieguito también acomoda su mano en el aire, recuerda haber presenciado las clases de Juan enseñando a elevar la mano y mantenerla en alto. Dieguito hoy alza la mano y eleva la mirada en la forma correcta.

De hombres invisibles se trata. La repetida presencia cotidiana los hace invisibles.

Luis Lacre camina por la avenida, camina rodeado de personas que hablan en voz alta mientras parecen estar colgados de extrañas sogas y corren buscando el envión que los eleve al pedazo de cielo que quizá les toque en suerte. Luis Lacre camina rodeado de personas que miran a las alturas cuando es sabido que en Buenos Aires nadie llega con los ojos a la cabeza de edificio alguno.

Fue en un caminar de este tipo, un caminar de avenida, un caminar entre personas que no saben de abajos ni de arribas, cuando a Luis Lacre se le cruzó la idea.

Cinco

El hombre que no tenía ninguna historia para contar se había acercado hacía unos minutos. Nunca tuvo algo para contar. La vida se le gastaba a la pasada, sin dejar marca y sin ensuciarse, en lo puramente cotidiano. Un buen tipo que sabía lo básico y necesario para vivir en estos tiempos. Tener un techo porque debajo del techo nada se moja; tener un trabajo porque hace falta hacer algo y ganar otro pedacito de algo para comer; tener una mujer porque un hombre no puede andar toda su vida rodeado de mujeres fantasmas; tener una familia porque hay que ser padre y para tal fin nada mejor que una madre. Un buen tipo el tipo que acaba de pararse frente a Juan Bara, exactamente en el centro de su esquina y sin historia a la vista. Un buen tipo que se acomodaba bastante bien en el mundo presente.

El día había estado nublado y a esta hora de la tarde la amenaza de lluvia se ganaba el protagonismo en el paisaje.

Juan Bara no sospechó. Se limitó a mirarlo luego de responder con un Buenas típico para la ocasión.

El hombre eligió caminar por la calle del tiempo. Salida clásica de aquellos que nada tienen para decir, pensó Juan Bara.

Que el día está tan nublado, que estuvo así desde la mañana, que el ambiente está pesado, así el hombre hablaba del tiempo, Parece que va a llover... está tan nublado y pesado.

Habrá que mojarse, dijo Juan Bara dando comienzo a los primeros movimientos conspirativos. En los límites de la casualidad nace la conspiración, pensó Juan Bara.

El hombre se lo quedó mirando. Fue un minuto en el silencio de las miradas.

Hay días en que uno no tiene ganas de mojarse, pero así las cosas, señor, agregó el conspirador desde su trono. En Juan Bara había nacido otro tipo de sospecha. De clase distinta, esta sospecha aparecía cuando no había manera de sospechar historia alguna. Era entonces cuando Juan Bara sospechaba realidades cotidianas junto a reacciones posibles.

A esta altura, el hombre parado en el centro de la esquina, ya había sido totalmente sospechado en sus posibles movimientos. Así la ventaja del sospechador sobre la virginidad del sospechado.

Cuánto hace, cuánto se tarda en acostumbrarse, preguntaba el buen tipo que seguía caminando por los tiempos, Cuánto hace que vive en esta esquina, así... sin nada... acostumbrándose.

Se hace lo que se puede, señor... a veces, se puede poco... a veces, un poco más... hay gente que puede muy poco... a veces, alguien ayuda... aunque sea por una sola lluvia, siguió tejiendo Juan Bara.

El hombre miró el piso, fue un segundo y volvió con los ojos sobre Bara al tiempo que un grupo de palabras se amontonaban en su boca.

Que podía cubrirlo, que podía darle refugio por esta noche, que no quedaba muy lejos dijo el buen tipo pensando en la lluvia y contemplando uno de esos arranques impensados del ser humano que confirman tal condición, Podría cubrirlo esta noche... puedo darle refugio en un departamento que tengo acá cerca.

Juan Bara aceptó con los ojos y un cuarto de sonrisa.

El hombre movió el brazo izquierdo y acompañó con un primer paso mezcla de paso y amague de paso. Mientras el hombre se movía pensaba en su ayuda, en su manera de ayudar a la gente que poco puede hacer, como bien había dicho, hacía momentos, quien techo no tenía. El hombre ofrecía el refugio a cambio de cierta tranquilidad a la hora de mirarse al espejo. Nada solucionaba una noche sin lluvia, pero así es la ayuda que establece la época. El buen tipo sabía, pero por qué motivos preguntarse más de lo preguntable. La jugada debía ser a favor, jamás en contra. El hombre, parado en el centro de la esquina de Juan Bara, sabía que dentro de los mandatos de buen tipo entraba ayudar a la pobre gente. Se venía la tormenta y entonces importaba el buen gesto.

El departamento quedaba siete pisos más cerca del cielo paridor de lluvias varias.

De frases cortas y de compromiso se adosaron las dos cuerdas de camino hasta el refugio acordado. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer sobre Juan Bara y sobre el hombre, el extraño, que en admirable, pero controlado gesto, encontraba una cuota de paz, un poco de desdibujada solidaridad.

Llegaron a la puerta de un viejo edificio. El tipo de edificación que guarda departamentos amplios, con techos lejanos y puertas altas de madera, puertas de cerraduras viejas.

Puertas de dos hojas que se abrieron invitando a refugiado y señor al interior del primer ambiente. El hombre encendió la luz. La lamparita sin cobijo se balanceó unos momentos hasta que se volvió a cerrar la puerta de entrada.

En la segunda habitación había un colchón contra la pared y a unos metros de la puerta-ventana que daba al balcón.

Que usaba el lugar para encuentros prohibidos, que se trataba de secretos sexuales, explicó el hombre, Y acá cuando me levanto una minita... me la traigo... boludeces, acá estoy a cubierto... y sí, son cosas prohibidas... encuentros... secretos sexuales.

Juan Bara lo miraba cada vez con mayor insistencia. Lo miraba a los ojos. Juan Bara buscaba los ojos del hombre que en medio de las palabras desviaba la vista buscando aire en el techo alto. Lo miraba y a la vez no dejaba de escucharlo.

El hombre intentó el discurso típico del macho a la hora de hablar de sus aventuras sexuales. Cuanto más desconocido sea el escucha, mayor será el énfasis puesto en cada recuerdo. Chirusas, boludas, minas para la cachetada terminan indefectiblemente sometidas por el macho cabrío. El hombre intentaba irse de boca, pero fue sólo un intento. Alguna tensión interna le comunicaba que algo, algún componente del paisaje había comenzado a cambiar. Sus ojos iban desde los ojos de Juan Bara hasta el techo y luego a la ventana cubierta de viejas persianas de dos hojas, esas que sólo permiten mirar hacia fuera con la cara prácticamente pegada al vidrio.

Quizá señor... las chirusas a las que usted se refiere... quizá, digo... no puedo estar seguro, por cierto... quizás esas chirusas no fueran sometidas, sino al contrario, las sometedoras de un hombre que andaba para la cachetada... porque, señor, disculpe... pero quién somete a quién, dijo Juan Bara.

El hombre supo que definitivamente el paisaje había cambiado. Las palabras de Bara llegaron una vez más junto con los ojos de Bara. El hombre ya no pudo mirar hacia el techo y ya no pudo moverse.

Juan Bara le pegó una cachetada con la mano derecha bien abierta. El hombre dio un par de pasos hacia atrás. Su cara mostraba asombro, pero no hablaba, no intentaba nada. Tan solo miraba a Juan Bara a los ojos.

Tal vez, cuando Bara lo agarró de los pelos y lo obligó a ponerse de rodillas, el hombre haya tenido la sospecha certera de lo que estaba a punto de sucederle, pero solo tal vez porque dos ojos lo miraban en sangre.

Juan Bara bajó el cierre de su pantalón y buscó con su mano derecha. La mano izquierda seguía aferrada al pelo del hombre, pero por haber sido olvidada ahí, no había ninguna resistencia en el hombre arrodillado.

La mano derecha de Bara, tan sucia como siempre, trajo de entre las ropas confusas, un miembro erguido, goteante y cubierto de pequeñas cáscaras semitransparentes que delataban antiguas humedades evaporadas. La escena se rodeó de un aroma entre ácido y dulzón. Extraño aroma que se introdujo en la boca del hombre arrodillado. El miembro iba y venía, luego se detuvo y fue la cabeza del hombre, guiada por la siempre presente y amiga mano izquierda en el pelo, la que se acercaba y se alejaba de Juan Bara.

El tirón ascendente en el pelo fue el indicador para que el hombre se incorporara. Una cachetada con la mano izquierda lo hizo girar y quedó mirando hacia la puerta-ventana. Un empujón en la espalda lo llevó hasta el vidrio y por entre las ranuras de la vieja persiana, sus ojos, llegaron hasta los adoquines siete pisos más cerca del centro de la tierra.

Juan Bara fue entrando progresivamente en un estado de agitación que lo perdía, casi descontrolado y en un estado casi animal o mejor dicho, más allá de lo animal, puso su mano izquierda en el cuello del hombre y lo aplastó contra los vidrios de la puerta-ventana. Luego con su mano derecha liberó la ropa del hombre que seguía entregado a lo dispuesto por la fuerza. Juan Bara lo penetró con toda su furia. Siguieron movimientos convulsos, violentos. Juan Bara hacía estrellar al hombre contra la puerta-ventana. Apenas un gemido, una queja tímida se escapaba de la boca del hombre.

Mientras lo sacudía, Juan Bara creyó ver una extraña luminosidad rodeando la cabeza del hombre. La lluvia había arreciado, se escuchaba el golpeteo de las gotas sobre la madera y truenos cercanos hablaban del climax de la tormenta. La luz rodeando la cabeza del hombre apareció junto al primer relámpago que había cruzado esa parte de la noche en San Telmo. Bara sacudió la cabeza buscando liberar los ojos del relámpago.

Era el tiempo de la ante última sacudida, Juan Bara mordió el cuello del hombre y trató de beber la mayor cantidad de la sangre que corría buscando el piso, buscando la tierra como lo viene haciendo desde la primera sangre liberada, en silencio y con la calma de lo que se sabe inevitable porque ya ha sucedido. Tampoco ahí, desde el hombre, se escuchó queja alguna. Luego fue el tiempo de la última sacudida y con ella, una risa apagada acompañó la pequeña muerte.

Con un movimiento preciso de sus manos, Juan Bara, hizo girar la cabeza del hombre para un lado y para otro. Queja de huesos que acabó con la vida antes que el desangrado lograra el vacío.

Saciado el hambre y acallada la reacción de su instinto primario, Juan Bara, liberó al hombre de su empalamiento contra el cristal. Lo dejó caer acompañando, acariciando, la pared. Sobre el colchón para chirusas y boludas quedó la cabeza del hombre muerto.

X

Así fue cómo a Luis Lacre se le ocurrió la idea, apareció después de volver a caminar por la avenida. Mejor dicho, así fue cómo la idea comenzó a germinar en la cabeza de Luis Lacre.

El primer paso es siempre necesario. Para todo hace falta el primer rebote; la movida fundacional que generalmente, y volviendo otra vez a Lacre, ocurría en su silencio interior. Pocas veces, Lacre, ha podido exhibir partida de nacimiento clara, precisa, sobre la aparición acabada de una idea. Sólo después de un tiempo era capaz de seguir el encadenado de situaciones y sospechas que hasta la idea lo habían llevado.

En una caminata de mañana y en las cercanías de la plaza, se originó silenciosa la semilla que así ingresaba en órbita pensativa por conciencias e inconciencias sucesivas.

Faltaba la llegada de la ducha. Así funcionaba la cabeza de Luis Lacre. La ducha, ubicada rigurosamente entre los pies de su cama y la mesa del café plantado en una esquina, era el toque mágico para que la ocurrencia pudiera salir a la calle y obtener certera carta de ciudadanía. Luis Lacre siempre afirmó que las mejores ideas se le habían ocurrido bajo la ducha, en la mañana, Entra a caer el agua... y ahí está, ahí aparece... cuando entra a caer el agua... se me viene la idea... ahí está y ya no me olvido, no hace falta escribirla porque me bañé con una idea clara de lo que sucedía.

La semilla de origen será rodeada por sucesivas semillas que, en sexuales acrobacias mentales, la enriquecerán y deformarán. No hay tiempos establecidos para la cópula participativa, se podría hablar de un solo tiempo que, con caprichosas respiraciones, entrega la idea a Luis Lacre para luego ser detonada por la ducha. Por más que a Lacre le guste sugerir que la idea viene en el agua de la ducha, es válido afirmar lo contrario en pos de la búsqueda del mínimo equilibrio necesario para que una verdad sea creíble.

Sucedió que un día, Luis Lacre, tuvo su idea terminada. Encontrada en la ducha o a través de ella y extendida sobre la mesa del café en una esquina, fue pensada y repensada mientras los ojos de Lacre miraban sin ver hacia la calle.

Existió el primer día en que Luis Lacre inició su recorrido desde la plaza hasta el sanatorio. Buenos días... buenos días a todos, fue su carta de presentación. Previamente había hablado con Luciana para pedir su colaboración.

Luciana debía acompañar a cierta distancia su primera actuación. En el recorrido debía descubrir miradas interesadas. Luciana debía acercarse con cuidado y contar la historia del amigo muerto.

Luis Lacre confirmó, luego de este primer día, que llevar a cabo su ocurrencia no sería nada fácil. Sólo cinco miradas fueron sorprendidas por Luciana. La mayoría de las personas pasó sin ver y sin escuchar. Luciana contó cinco veces la historia y así hubo en esa primera mañana cinco personas mirando a una persona, cinco historias escuchando una historia.

Luis Lacre había tenido una idea y al ponerla en práctica iniciaba hostilidades contra la costumbre de parir destinos invisibles en la ciudad. Así Luis Lacre, en su primera escaramuza, lograba cinco miradas para su primera mentira.

Crear un primer mito a partir de la historia de un amigo muerto, era el principio de la intentona de Luis Lacre a favor de los invisibles, Si yo empiezo a caminar haciendo mi actuación... igual cada día... actúo... si vos me das la primera mano para correr la bola en el sanatorio... seguro que va a haber gente que se va a preguntar... entonces vos contás... es el principio de un ejercicio... sabiendo las historias es una buena manera de llegar a sus dueños... después viene la segunda parte, ¿qué hacés con la historia y su dueño...?, ¿lo ayudás...?, ¿me seguís, flaca...?, pero al menos ya los ven... los vuelven a ver a través del ejercicio.

Luis Lacre pensó en mitos cercanos, cotidianos, en historias mentidas para llegar a las historias verdaderas. Lacre proponía una mitología de la tristeza. Fundar dos, tres, muchos mitos que cada vez atrajeran a más personas. Historias tristes porque en esta Buenos Aires no hay mucho lugar para las otras. Luis Lacre apostaba así a agrandar el lugar de las buenas historias. Luis Lacre, posible creador de la mitología de la tristeza, en búsqueda solidaria por Buenos Aires pensó que quizás estaba loco, Te parece que estoy loco, flaca... decime la verdad... por favor, no me mientas que todavía veo.

XJ

Hugo Primus no podía creer el relato sobre los comienzos del nacimiento de esta nueva y mentida mitología porteña.

Hugo Primus se repitió la palabra “comienzos” porque la intentona ya llevaba un tiempo. En silencio escuchó hablar a Luis Lacre en un café un tanto alejado del sanatorio y la plaza. Así Primus llegó al significado total de la expresión “es pura invención”.

Hasta dónde era dueño de su mirada; hasta dónde la usaba para después preguntarse, para después hacer algo con todo lo visto, fueron las primeras preguntas que Hugo Primus se hizo a sí mismo.

Tenía plena conciencia de su mirada a la hora de posarse sobre una mujer. A la Rusita la descubrió de espaldas y por sus ojos también desfiló la voz de la Rusita, la sonrisa de la Rusita y el maravilloso par de tetas que tenía la Rusita.

Conocía su mirada disfrutando del ambiente de la milonga.

Conocía de recorridos por los cuerpos desplegando movimientos precisos, por manos acostumbradas a otras manos, por manos acariciando cinturas intocables. Sabía, a través de su mirar, de ojos que buscan el constante milagro de la seducción; sabía de miradas cortas, de acercamientos en detalle sobre una oreja, sobre una parte de la delicada inmensidad del cuello de una mujer.

Los ojos de Hugo Primus, la mirada, sabían de letras y de libros y sabían también del afuera. La vida no empezaba y terminaba en la milonga, en una pebeta, pero también es cierto que su mirada al afuera, a los problemas de los demás, tenía un límite. Si bien no vivía en una nube y sabía del cambalache cotidiano, la realidad no le impedía dormir con una buena cuota de paz bajo la almohada.

Hugo Primus jamás imaginó como posible una ocurrencia como la llevada a cabo por Luis Lacre.

La historia decía que él era uno de los que había preguntado, uno de los intrigados que no necesitó de ninguna Luciana porque la rueda ya había sido puesta a andar. Hugo Primus era testigo privilegiado, no sabía por qué él había sido informado, pero sí sabía que el mito en marcha lo había sumado a las personas de la zona que saben del pobre viejo que llora al amigo muerto, al viejo que con sus Buenos días... buenos días a todos, saluda a los ausentes.

Inmerso en calidad de testigo autorizado dentro de la intentona mítica, Hugo Primus, intrigado y a la vez alegre, ya no fue el mismo tipo de siempre. Era inevitable, después del café con Luis Lacre, no mirar hacia las personas que piden ayuda en la calle, que piden distintas ayudas que van desde la moneda a la compañía de la palabra. Primus no era el mismo porque ahora miraba hacia toda la calle. Atrás quedaron las partes elegidas, ya nadie se filtraba en su campo de visión, ahora entraban todos. Hugo Primus miraba de otra manera.

Así pudo descubrirse parado, y a resguardo para no importunar, mirando cómo un hombre viejo utilizaba la mesa mínima que ofrece una cabina telefónica. Sobre la avenida y sobre la mesa mínima, en la noche, el viejo comía una porción de pizza. De pie en la noche, de pie ante la mesa servida. Primus quedó al borde del llanto y en días sucesivos, cada vez que la imagen golpeaba a la puerta de su memoria, surgía su novedosa inclinación al llanto.

Así pudo descubrirse repitiendo, Todo tiene un costo, al ver a un pibe que terminaba su descenso en patineta desde las alturas del Parque Lezama. Todo tiene un costo, dijo cuando el pibe iniciaba un nuevo ascenso.

Hugo Primus se sentía distinto y había sido un viejo, que todavía no sabía si estaba o no loco, quien le había pateado el tablero de sus días de tango. Primus se asombraba, su comodidad en el tablero había sido pateada por una mentira que a poco de respirar fue blanqueada por su mismo creador.

Por qué revelar el secreto, se preguntó Hugo Primus desde su posición de hombre siempre dispuesto a esconder las hilachas de los días.

Seis

Juan Bara se va tras algunos recuerdos.

Estaba solo en la esquina viendo pasar a un perro que nunca antes había visto. Un perro más en San Telmo, husmeando en los rincones y en las tempranas bolsas de basura. Todavía no era el horario de la basura y tampoco era el horario de los recuerdos.

Juan Bara prefería el recuerdo después del sol de la tarde. El sol todo lo madura y lo corrompe piensa Juan Bara, Sol de mierda que todo madura... por qué no vivir siempre con un cielo previo a la lluvia.

Juan Bara se fue tras algunos recuerdos después de seguir con la mirada el caminar del perro desconocido y después de admitir que hoy, el recuerdo, no esperaría la desaparición de febo. Hoy era distinto, hoy no podría manipular el camino hacia el pasado.

Juan Bara encontró a su viejo en la simpleza de un movimiento mecánico, lo encontró cuando se agachaba para levantar un cartón caído en la vereda. Juan Bara encontró a su viejo al mirar su mano derivando hacia el

cartón y la vereda. Junto con el movimiento, brotó de su boca el aliento, y de entre sus ropas y la piel, un aroma. Juan Bara encontró en la convivencia del aliento y el aroma el respirar interno de su viejo.

El fantasma del viejo nuevamente se aparecía al hijo.

La primera vez que sucedió, la primera vez que Juan Bara se sintiera rodeado por el fantasma de su viejo, este todavía vivía. Esta cuestión probaba que la aparición rodeando el cuerpo de Bara nada tenía que ver con el mundo de los muertos y sus señales. Nada más Juan Bara sintió cerca de él o saliendo de él, la presencia de su viejo.

La aparición fue sorpresiva y Bara reconoció así a su padre habitándolo. Formado en un movimiento hecho al azar; en la conjunción de los elementos que crean dos centímetros de aliento o media cuadra de ese aroma reconocible, el respirar interno, con que se invisten ciertos cuerpos.

Aquella vez, Juan Bara, se dijo que su viejo estaba ahí porque había salido de él, No tuve dudas de que estaba ahí... estaba mi viejo sin estar... había salido de mí... estaba adentro y salió, se asomó sin pensar... y lo hice visible.

Para Juan Bara hoy era imposible dominar el tiempo a gusto. Imposible porque nuevamente había salido su viejo.

Fue tiempo después de su primera visita, que a Juan Bara se le ocurrió pensar que los padres mueren felices cuando han terminado de formar su fantasma dentro del hijo. Podría ser, pensó en el pasado Juan Bara, Podría ser , le dejo mi buen fantasma, hijo... aquí lo tiene... no como sombra, no como mandato... aquí tiene, nada más para que se guarde el gusto, el gustito que tuvo su padre.

El viejo de Juan Bara había muerto hacía años; antes de que el hijo fuera arrastrado por las corrientes encontradas de una turbia historia societaria, y anclara del otro lado de las cosas y de la gente que mueve esas cosas.

Juan Bara estaba del otro lado, pero aún recordaba; no podía y tampoco quería aplicar la técnica del borrón y cuenta nueva. Alguna vez fue un hombre, lo sabe y también sabe que es imposible negar el eterno regreso de ciertos fantasmas.

XII

Luis Lacre anotó “La nomenclatura geográfica del Río de La Plata ofrece multitud de lagunas bravas. El origen de su nombre es el mismo que el de los cerros bravos, sierras bravas y pasos bravos de que está sembrado el territorio y cuyo mayor número aun no ha sido registrado en los mapas, diccionarios y demás trabajos descriptivos del suelo rioplatense. Lagunas bravas, cerros bravos, sierras bravas y pasos bravos, envuelven algún encanto. Todo lugar bravo presenta fenómenos ígneos, acústicos y dinámicos producidos por causas misteriosas, que el vulgo atribuye á la acción inmediata de espíritus ó seres fantásticos escondidos en los antros de las serranías ó en el fondo de las aguas. Los cerros tienen sus gnomos, sus salamanqueros. En las lagunas y en los pasos (vados) de ríos y arroyos moran, entre genios diversos, ninfas de formas varias, apareciendo asimismo ahora alegres y ahora llorosas mujeres generalmente vestidas de blanco cendal transparente. Dejanse

ver no menos en las orillas de los lagos ó bien zambulléndose y deslizándose por la tersa superficie de sus quietas aguas cristalinas, que á veces hieren agitadas por mano invisible, traviesos negrillos que, tan luego como son descubiertos, se sustraen diligentemente á las miradas del hombre. Estos seres fantásticos de color de azabache son conocidos con el nombre de negros del agua. La bravura de los receptáculos referidos dimana de que sus aguas, embravecidas ó enojadas, de repente suelen alborotarse y bramar, como los cerros poseedores de salamancas. Tal fenómeno se verifica regularmente cuando algún ser humano se aproxima á la laguna encantada ó brava. Sus irritadas aguas, saliendo de madre, se tragan á la gente. Desde su fondo exhalan ayes dolientes, lamentos profundos, aterradores alaridos, voces airadas y quejas amenazantes. De tarde en tarde permiten que salgan á sus márgenes, ó envían á sus inmediaciones con fines varios, demonios y monstruos, gigantes y pigmeos, mujeres y hombres, negrillos, y ciertos animales ó sabandijas”.

Luis Lacre devolvió el libro al puestero de la plaza. Se repetía la operación. Pedir el libro, copiar y aguantar la cara que significaba, una vez más, pobre viejo loco.

Cuando Hugo Primus preguntó por los libros a Luis Lacre, éste contestó que siempre había leído y que siempre había copiado partes de los textos que le interesaban, Siempre leí... una inclinación que viene de pibe... y siempre me gustó copiar partes... algo que me guste, que me intrigue... siempre leí, leer para mí es como para vos el tango... se lleva adentro... no hay nada que hacer... se vive leyendo... se vive en tango... desde que me acuerdo leí, siempre... y siempre me gustó copiar partes.

Luis Lacre se alejaba de los puestos de libros de la plaza. Su día había terminado y con su nueva recorrida afirmaba la construcción del mito. No tenía nombre el mito en gestación, ni lo tendría. No debía existir un título a la hora de ser nombrado sino la referencia inmediata a la historia. En su mitología de la tristeza “contar la historia” sería la única manera de llamar a la criatura.

A Hugo Primus le había hecho alguna revelación mínima sobre la construcción de la mitología de la tristeza, No te creas que para la construcción de la mitología de la tristeza alcanza con un mito... imposible que un solo hombre logre atraer todas las miradas necesarias... fundar dos, tres, muchos mitos es la cuestión... ya te había dicho... hoy no estoy solo... la mitología de la tristeza ya no cuenta con un solo mito.

Cuando Luis Lacre se alejaba de la plaza pensó en el tamaño de su desafío, Cómo ganar la mirada... cómo acorralar a tanto pelotudo que sigue viendo al loco lindo o al divino abuelito colifa.

Buenos Aires amanecía en este mediodía en el que Lacre se preguntaba.

Caminaba lento, hace tiempo que no corre, hace tiempo que llega tarde a cada esquina. Todos lo pasan, a todos molesta con su paso lento en las veredas. Luis Lacre es feliz caminando lento.

XIII

Es como para vos el tango, le había dicho Luis Lacre a Hugo Primus. Es como para vos el tango, repitió Primus apenas moviendo los labios. Estaba parado en el medio de la milonga.

Las clases de tango, previas al baile, se iban desdibujando. Atrás iban quedando las dudas, los movimientos de las parejas que soñaban con el tango, con poder bailar de forma aceptable.

Hugo Primus sabía que la mayoría sólo podría bailar el tango en el patio del fondo de la casa. Para Primus esto no estaba mal, siempre y cuando siguieran en el patio y no intentaran ser aquello que no eran. Los payasos abundan, siempre lo dijo.

La mayoría de los aprendices se acercaba por una cuestión de moda, de sintonía con la línea de apetitos que baja desde ciertos cielos repletos de dioses, hoy bailar tango, mañana se verá; como en todos lados, también suman bultos los que están sin saber por qué, los que vieron luz y entraron. Un lugar destacado ocupa la presencia de aquellos que utilizan el tango como medio de satisfacción asegurada a la hora de lograr una compañía para la cama. También se encuentra aquel que se siente atraído por el tango. Hay algunos... es como para vos el tango, se escucha bajito en el medio de la milonga.

Hugo Primus sabía de las bondades del tango a la hora de acorrallar damiselas y a la hora de disfrutar del acorralamiento cuando la movida lo tenía en su centro. Primus bien sabía del juego del tango, del peligroso juego en que puede convertirse el tango. Jugador experto, siempre observando desde las alturas, Hugo Primus era o había sido hasta la aparición de la Rusita, el centro de la tentación para las mujeres de la milonga que estuvieran dispuestas.

Si bien Hugo Primus había sabido jugar al peligroso juego en que puede convertirse el tango, nunca perteneció a los buscadores de sexo. Convertido en destacado adorador de oportunas pebetas, Primus, llevaba en su paisaje interior una curiosa relación con el tango.

Es como para vos el tango, repitió una vez más Hugo Primus en el corazón de la milonga.

Las clases habían finalizado, ahora la gente bailaba.

Primus miraba hacia el salón. Pensaba, sabía que pensaba en algo, también sabía que la Rusita lo miraba desde una mesa a la izquierda del final de su ojo izquierdo. La Rusita miraba y acompañaba el mirar con la mano derecha sobre una copa de vino tinto.

El tango se llevaba a Primus desde que tiene memoria. El tango y Buenos Aires lo llevaban hasta la confluencia de su amor y de su odio. El tango y Buenos Aires podían pegar bien, pero mañana, la presencia también podía pegar mal y la caída era libre. La dupla lo llevaba a agradecer la combinación y a putearla sin límites.

Hugo Primus pensaba en el tango, Es como para vos el tango, dijo Lacre a la hora de arrimar su historia con los libros y la lectura. Primus ahí se dio cuenta de que algo faltaba en lo dicho por Luis Lacre. Había contado la parte buena, la parte del amor y entonces faltaba la contracara. Sólo así, existiendo una contracara, Lacre podía haber dicho, Es como para vos el tango.

Hugo Primus pensaba y volvía a pensar. No era el mismo desde que se cruzara con el cabecilla de la mitología de la tristeza. Seguía mirando, recorriendo el salón con la mirada.

La Rusita lo miraba como nunca antes lo había mirado mujer alguna. La Rusita lo quería.

Hugo Primus empezó a moverse hacia la mujer al tiempo que se escuchaba *Tu pálido final* cantado por Julio Sosa. Primus remarcó o algo o alguien remarcó unas líneas del tango para que lo escuchara como nunca antes lo había escuchado.

*Llueve, la calle está desierta
frío, dolor y soledad*

*el campanario marca
la marcha de las horas
un vendedor de diarios
se va con su pregón
qué triste está la calle...*

Primus llegó ante la mesa de la Rusita cuando terminaba de bautizar a Luis Lacre, Qué viejo hijo de puta.

Siete

El pibe lo miraba raro.

Juan Bara lo tenía lejos, en un lateral de la otra esquina.

El pibe estaba frente a la esquina de Juan Bara. Bara se dio cuenta de que ese pibe lo miraba raro, con reservas, como si pensara, ese tipo de la esquina puede correr y agarrarme. El pibe lo miraba con un toque de miedo.

Superando el miedo y luego de alzar la vista cinco o seis veces fue perdiendo el centro del lógico mandato familiar.

Cuidado con los señores sucios, se dijo Juan Bara mientras observaba cómo el pibe se agachaba sobre el cordón de la vereda. A pocos pasos del pibe había una ramita caída del árbol cercano. La ramita terminó en la mano del pibe que volvió sobre el cordón y desde ahí sobre su objetivo. Una acción con lógica de pibe era detener la atención sobre un charco – chico, mediano o grande, nada importa – y buscar una ramita, un palito para jugar.

Juan Bara sabía de charcos, es más, sabía de zanjas, de grandes zanjones donde de pibe se había cansado de escarbar con palos, donde se había cansado de tirar piedras contra el agua y el barro. Juan Bara había hecho barquitos de papel que sucumbieron bajo las piedras. Juan Bara también había agarrado a piedrazos los misteriosos, porque nunca se sabía de dónde habían salido, cadáveres de animales que anclaban en las zanjas del barrio.

La infancia de Juan Bara estaba llena de zanjas y de expediciones a grandes y lejanos zanjones que la leyenda indicaba como ignorados reservorios de ranas.

El pibe jugaba con su ramita y el charco hasta que llegó el grito de una mujer, ¡Grillo!, vení para acá. El pibe obedeció.

Juan Bara caminó hasta su pedazo de cordón. ¿Tendré mi charco?, pudo haber sido la pregunta.

No es grande, pudo haber pensado.

La lluvia no había sido una gran lluvia. Pobre, sin ánimo, amarreta, triste, silenciosa, con sabor amargo en la boca. Había sido una de esas lluvias acordes a la época.

Juan Bara llegó hasta su charco, que estaba a tres metros a su izquierda, luego de cortar una ramita del árbol que tenía cerca de su cielo.

Se arrodilló y confirmó que el charco era chico. El charco alcanzaba para su cara y alrededores. No está acostumbrado a verse la cara, por un lado por decisión y por otro, por imposibilidad. Cuando Juan Bara miró, dos hojas pequeñas y secas derivaron por su frente y una avispa muerta navegó de la boca a la nariz.

Al instante introdujo la rama en el agua y la sacudió violentamente. Juan Bara desapareció. La rama pegó y arañó en los adoquines un rato largo.

Saltaban algunas gotas y Juan Bara no dejaba de mirar su charquito agitado. No dejaba de mirar porque en medio de la agitación llegó a ver, es decir, volvió a ver después de tanto tiempo al chiquito Néstor que seguía pareciendo, con su gorro rojo, enanito de jardín; volvió a verse junto a los pibes del barrio esperando que abriera el club 12 de Octubre para jugar a la pelota, ahí volvió a ver al negrito Fernández armando corridas varias y a Reni y los demás amigos de la villa miseria de la vuelta; volvió a ver a la pendeja que había arrinconado no hace mucho. La piba había sonreído y le había convidado una pastilla de horrible gusto. Luego de encontrar el lugar a resguardo, la había hecho arrodillar y le había ordenado que abriera grande, muy grande la boca, nena. La pendeja no dejó escapar ni una gota de la eyaculación. Ella tragaba de manera muy animada. En Juan Bara llegaba el tiempo de la última descarga, el último temblor líquido y ella tragó. Al instante abrió la boca y casi sonriendo, con el miembro de Bara aferrado por su mano izquierda, dijo, Nunca había tragado tanto. Juan Bara había visto, antes de las palabras, la humedad espesa del semen todavía en la boca de la piba.

Juan Bara seguía jugando con la rama en el charco. Veía, recordaba, sin orden y sacando la sortija acá y allá. Veía, recordaba y escuchaba. Otra vez palabras, sonidos. Escuchó el ruido del tren sobre los rieles; escuchó reventar para navidad la casita para las cartas de la vecina de la mitad de cuadra; escuchó los gritos, los alaridos, cuando en una noche de verano se escucharon disparos y después supo que los disparos eran de FAL y que el representante de los obreros de una fábrica había muerto; volvió a escuchar, Nunca había tragado tanto y el ¡ay! lastimoso de la pendeja que murió de rodillas abandonando su cabeza en una siesta sobre su hombro derecho.

Fue lo último que Juan Bara vio en el movimiento final de la rama sobre el charco. Las aguas se fueron quietando.

Juan Bara se hizo para atrás, no volvió a asomarse sobre el charco. Ya no quería saber quién fue. Ya no quería saber quién es.

Juan Bara se sentó a esperar un poco de calor, un poco, no mucho, algo de sol, para que todo volviera a la normalidad, Que el charco se evapore... como siempre, como todo lo demás, dijo mientras volvía al centro de su esquina.

XIV

Estamos rodeados de pelotudos, recordó que había dicho Luis Lacre a Hugo Primus.

Una mujer, de algunos años y con un muy buen andar, se había cruzado entre la mirada de Luis Lacre y el octavo local cerrado que veía en su camino. Eran ocho hasta la mujer, ocho desde que había iniciado la vuelta al barrio

con la ocurrencia de contar locales cerrados. Ofertas, últimos días, liquidación, nos vamos, nos mudamos, todo al costo, cerramos. Así desde la plaza hasta la mujer.

Cuando días atrás, Hugo Primus, hizo referencia a la Rusita, Flor de mina... es posible una historia con una minita como ella; Luis Lacre dijo, Estamos rodeados de pelotudos, lanzándose a la carga contra sus pares. Luis Lacre era especialmente crítico con los hombres, los pelotudos, como los había llamado.

Si bien era lógico suponer que así como existía un pelotudo podía existir una pelotuda y luego a multiplicar, Luis Lacre siempre la emprendía contra los hombres. Lo molestaba sobremanera que un tipo fuera capaz de vivir con una mujer porque los años así lo indicaban. Algo así como, Bueno, señores, ahora hay que tener una mujer y no cuatro. Sólo porque los años lo indicaban, sólo porque había que caminar derecho por el camino señalado. Basta de putitas porque ahora sos un hombre con título de hombre, ahí era cuando Lacre lanzaba la puteada. Tamañas decisiones no las determinan los años sino las ganas de la mujer única... el misterio de la singularidad no ha sido hecho para bastardearlo, juraba Luis Lacre.

El paso siguiente, la mentira contigua, era el techo, Buscan el techo... tienen el techo porque abajo del techo nada se moja... una mierda... buscan el techo porque tapa de la lluvia. Los pelotudos, según Lacre, ven en el techo nada más que la presencia material. Debajo del techo es donde guardan el nexo transformador de la vida, la mujer, el animalito capaz de convertirlos en padres de familia. Hace falta la pelotuda para que el pelotudo crezca de acuerdo a los planes y los tiempos establecidos. Así el plan evolutivo, basado en la simulación, precisará de un muy buen trabajo que poco o nada tendrá que ver con el real sentir del hombre, El pelotudo será feliz siendo el que nunca quiso ser... eso sí, en alguna reunión y rodeado de personas desconocidas... y ante alguna de las siguientes palabras... arte, pintura, libros... declarará que antes él pintaba o leía... que le encantaba... y que es una lástima que ahora tenga tan poco tiempo... por suerte, Primus, vos estás a salvo de la pelotudez.

Luis Lacre sabía de tango, pero sabía del tango en otros días. El paisaje había cambiado y Buenos Aires, en la figura de Hugo Primus, le entregaba la posibilidad de preguntar y de saber. Había estado arrimando preguntas sobre el tema, Lacre las iba dejando en pleno pique por los alrededores del hombre que debería responder. Con cada nuevo pique aumentaba la presión sobre el tema y sobre Primus; Así que buena piba la Rusita, dijo Luis Lacre y sumó un pique más.

Hugo Primus había contestado comenzando con un Flor de mina seguido de una serie de consideraciones filosóficas. Fue después de la respuesta que Luis Lacre dijo, Qué pasa cuando bailás el tango con un pedazo de pebeta.

La mujer, con algunos años y con un muy buen andar, ya estaba lejos. Luis Lacre pensó que la mujer ya no era una pendeja, sin dudas apetecible, pero ya no era la pendeja que alguna vez fue.

Una pendeja, una flor de pebeta... la eterna lucha entre el bien y el mal... la imagen de la pelea... una pendeja era la invitación más pura para llegar a una mujer... y era a la vez, la sombra... la posibilidad del abismo más grande, reflexionaba Luis Lacre mientras seguía caminando y retomaba el conteo. Nueve, ahora iban nueve.

XV

La Rusita es flor de mina... es posible una historia con una minita como ella... es de esas minas que pueden llorar... no por pavadas, sino cuando hay que llorar... y una mina que te puede ver llorar... siempre me acuerdo

del tano Claudio... una vez me dijo... se piensan que uno tiene que ser una máquina, no podés aflojar... si la mina te ve llorando, porque uno también llora, hermanito... cagaste... bueno, la Rusita sabe... de ver llorar al hombre.

Hugo Primus comenzó a recordar cuando Luis Lacre preguntó, Qué pasa cuando bailás el tango con un pedazo de pebeta. Recordó una noche de fin de año que pasó con el amigo que escribe. Pasaron noches y es el día de hoy que sigue recordando la secuencia de las palabras dichas. Hugo Primus guarda en la memoria cada una de las palabras que dijo. El recuerdo le pareció una buena manera de contestar. Recordó, ubicó la noche en el pasado y así trató de recrear la escena para el fundador de la mitología de la tristeza.

Quería que le hablara del tango... el tango le preocupaba... el erotismo, así empezó... la forma en que el sexo se mezcla en el baile... el momento en que todos los ratones salen a correr, así dijo... qué puede pasar entre una mujer y un hombre que bailan el tango... qué te pasa cuando estás bailando con una mujer hermosa, el pedazo de pebeta... cuando estás bailando y no cualquier cosa... un tango... mirá, le dije... el tema es cuando la mina te gusta, cuando te querés levantar a la mina... el tango es importante... pero empieza a jugar cuando la tormenta se está formando... primero hay que sentir que la mina está entregada o casi entregada... hay que ver la señal... sí, relativamente la base es la misma... aunque a veces se dan escenas que uno no puede manejar... en casos así, te lleva la música... con los lugares hay dos historias... una cosa es el escenario y otra es la milonga... en el escenario, cuando te están mirando... primero estás con tu ego... estás con tu concentración porque no podés fallar... en el escenario es muy difícil que te pase algo... no imposible, pero difícil, muy difícil... en la milonga está la diferencia... ahí nadie te mira... sos uno más... ahí buscás el cruce de piernas... tenés conciencia de que le estás tocando las piernas... se abraza de otra manera, se mira de otra manera... hay otras pausas... cambia la manera de hablar... cambia todo porque no se baila para el público sino por la conquista... sí, es así... el baile es una cuestión de poder... pero, un poder extraño... porque después, si todas las piezas engranan, se transforma... pero, en el inicio es así... el hombre marca... la mujer espera... nunca sabés todo... vas descubriendo cosas... el otro día estaba bailando... y al principio la mina no me iba... tenía cosas a favor... el aliento es importante... pero todo empezó a cambiar cuando comenzó a hacer una especie de jueguito... con el pie alrededor de mi pie... me tocaba la pierna... aunque te parezca insignificante... tal vez haya sido lo más erótico que me hayan hecho últimamente... con el pie venían los movimientos de ese cuerpo... yo esperaba que ella se moviera... es eso, el movimiento y las tetas... cada elemento es importante, no es joda... y las tetas... el sentir las tetas apoyadas en tu pecho... a algunas se les paran los pezones... y vos la estás rozando... no te le tirás encima como hacen los desesperados, pero tenés conciencia de su realidad... sentís el corazón... a través de los latidos del corazón entrás en la duda... sentís que los latidos se aceleran y no sabés si es porque está bailando o porque se está calentando con vos... los latidos del corazón te pueden hacer calentar... si vos te dedicás a rozarla, la mina muere... y vos no sabés por dónde pegarle primero... lo de los pezones es bárbaro... no tanto como una invitación a la cama, pero pasan cosas muy fuertes... el tango es un viaje... la comunicación corporal puede darse y esto no significa que todo termine en la cama... es toda una experiencia calentarse en el tango y terminar en una cama... pero también es una experiencia muy fuerte calentarse y después caminar cada uno para su lado... quizás la música encuentre otra vez el camino y quizás entonces pueda ser... queda el precedente... sí, acá no tenés que explicar quién sos, dónde estudiaste, dónde trabajás... cuanto menos hablo, mejor... la comunicación de los cuerpos es lo primero... lo bueno es sentir cómo la mina se va calentando... entonces ella se pregunta, Qué me va a hacer... me va a

marcar algo, algún paso... me va a tocar... yo digo que la mano de atrás se mueve y no sirve solamente para marcar un movimiento... yo puedo marcar con una pierna, con un movimiento para el costado... y no me hace falta la mano que así queda libre para hacer lo que quiero... en ese momento la mujer no sabe si la estoy llevando o si la estoy tocando... esto es bueno, que la mina sienta que vos la podés... al menos por un momento... cuando ella quiere hacer algo, la dejás... pero no porque venís bien con el baile, sino porque a vos también te pasan cosas... uno es egoísta, siempre hay una cuota... hay que saber usar el egoísmo... saber disfrutar lo que la mina propone porque es todo para vos y es todo para ella... ahí es donde se rompe el egoísmo y aparece la verdadera seducción, el verdadero calentarse... a quién le importa si uno le ganó al otro... a esta altura se calentaron los dos... después está la decisión... la cama o no... un nuevo encuentro y otra vez, la cama o no... la vida tiene mucho misterio... el tango tiene mucho de eso, misterio... nunca sabés lo que va a pasar después... en el verano es toda una historia... tu transpiración la toca y a vos la de ella... es todo muy loco... parece que estás en una cama... uno trata de controlarse... no podés estar bailando y calentándose con todas... pero a veces te pasa... es muy fuerte... la respiración es otra parte del viaje... la respiración en la oreja es todo un mundo... y este mundo llega a la cúspide en un acto que dura dos o tres minutos... apenas son dos o tres minutos los que pasás con esa mujer... y todo puede pasar... te cambia la respiración y no hay escapatoria... cuando veo un cuello descubierto... un hermoso cuello de una hermosa mujer... me siento como un vampiro... uno quisiera hundirle los dientes... el baile en sí tiene mucho del acercamiento que realiza el vampiro de los libros y de las películas... la mirada, la ronda, la elección... es una danza antes de la danza... es muy erótico... es la danza... la mira, la acaricia... estás pecho contra pecho... sentís las tetas de una mujer a quien no le ves la cara... y estás cruzado... y ves un cuello divino y pensás en morderlo... la matarías... la matarías... cuando llegás a la cama es impresionante... con el tango aprendí a tomarme tiempos... tiempos para la caricia... para escuchar el corazón... para estar abrazado.

Así Hugo Primus había terminado de contar a Luis Lacre su manera de sentir el tango a la hora del baile. Luego de su larga recordación, el juego quedó abierto sobre la mesa. Todo sobre la mesa para que Lacre completara las preguntas que no aparecían en el recuerdo. Hugo Primus no se detuvo para marcar las preguntas, sólo al principio lo hizo y para nada más dejar clara la coincidencia entre las preguntas de ayer y las que posiblemente saldrían a escena en este diálogo. Así sucedió cuando días atrás Hugo Primus hizo referencia a la Rusita como Flor de mina y después se fue en palabras.

Ocho

Juan Bara dejó atrás los pilares bajos y la puerta de hierro. Dobló a la izquierda pasando por debajo del techito de entrada a la casa, farolito incluido, y caminó por el pasillo angosto pegando su hombro derecho a la pared. El pasillo terminaba en un patio de baldosas grises, negras, blancas. Sobre el patio flotaba la parra de uva chinche que acompañaba hasta la puerta de entrada al comedor y hasta el comienzo del terreno libre que llegaba hasta el límite de la propiedad. En ese terreno, contra la pared del fondo, había un cuartito hecho con maderas viejas. Ahí se guardaban las herramientas y todo lo inservible que nace en cada casa.

Juan Bara miró hacia la piecita que había entre el lavadero y una pieza más grande. La piecita estaba a unos tres metros de la puerta de entrada al comedor y la mayoría de las veces tenía cerrada la puerta y la pequeña ventana.

Juan Bara tenía ocho años y todavía recuerda. En la piecita dormía el abuelo. No sólo dormía, ahí también escribía. El abuelo poeta de Juan Bara no era en esa época de su vida, unos ochenta años, especialmente sociable. La familia no era excepción alguna y más de una vez, Juan Bara, el nieto, se fue sin ver al abuelo poeta. Estaba la piecita, la puerta cerrada, la ventanita, los casi tres metros de distancia y la ausencia. Así pasaban los días y Juan Bara guardaba en la memoria.

Juan Bara camina por el patio angosto y largo. Las baldosas son grises, negras, blancas. Caminó pegando su hombro izquierdo a la pared del zaguán, el dormitorio, luego se alejó un poco a la altura de la puerta del comedor y siguió caminando por el patio hasta que las baldosas grises, negras, blancas, dijeron basta. Luego del escalón descendente apareció el cemento alisado del segundo patio, el lugar más ancho de la casa. Juan Bara se paró ante la puerta de la habitación que hacía las veces de taller de pintura y dormitorio. Juan Bara tenía veintiocho años y todavía recuerda.

Ahí vivía el padre de Juan Bara, el viejo, a casi tres metros de los barrios centrales de la casa. En el taller de pintura y dormitorio, el viejo, le contó a Juan Bara de aquella, la noche extraña. Se despertó en medio del frío del invierno y supo que no sabía dónde estaba. A diferencia de su viaje anterior, que fue el primero, en éste, sabía que era él de principio a fin. Caminó hasta la ventana y la presencia de la luna era nítida. Abrió la puerta y descendió a la superficie lunar. Una vez afuera, el paisaje desconocido se hizo a un lado dejando el lugar a imágenes en las que veía a los demás integrantes de la familia. Él estaba ahí, a metros, y nadie parecía verlo, nadie lo registraba. Apenas unos metros lo separaban de la mujer, de los hijos y de la cama a la que volvió, supone, por obra del frío.

Los viajes al otro mundo o a los otros mundos, si se quiere, del padre de Juan Bara, se iniciaron con un pico de presión importante que se lo llevó hasta los dieciocho años. El viaje fue sin escalas y con él despertó una lucidez hiriente. Juan Bara fue testigo de la presencia de los muertos resucitados y de los vivos condenados a la noche. El padre de Juan Bara, el viejo, tenía precisa la imagen de un tano, compañero de trabajo en una obra en construcción, comiendo pan y aceitunas. El tano volvía a repetir que él había pasado la guerra y que sabía mucho sobre el hambre como para dar gracias por el pan y las aceitunas. El tano volvía desde la tumba y el recuerdo, pero desaparecía una y otra vez la cara de cada uno de los hijos y de la mujer. El padre de Juan Bara preguntaba, Y vos... ¿quién sos...? y de nada servía, Soy Juan... tu hijo, porque al minuto volvía la misma pregunta, Y vos... ¿quién sos...?

Hoy es un día de recuerdos para Juan Bara. Está solo en su esquina, como siempre. La esquina está en San Telmo y a la vez adentro de “mi mierda” que es como Bara llama a su Buenos Aires. Hoy recuerda y entonces hoy nadie se acerca. Nadie podría acercarse porque hoy es él quien se cuenta una historia. Otra más, una nueva historia conocida de Juan Bara para Juan Bara.

Piensa y recuerda, casi la misma cuestión. Vuelve a ver a su abuelo poeta guardado en la piecita. El abuelo poeta así lo quiso, así lo decidió. Vuelve a ver a su padre, el viejo, viviendo en el taller dormitorio. El pintor también decidió. Casi tres metros de patio cada vez.

Juan Bara piensa y recuerda, cuestiones que son casi del mismo color. Está solo en la esquina. Hoy nadie podría acercarse; quizás sólo el narrador que, en acción equivocada por agregar obviedades e inevitable por esos misteriosos impulsos de la escritura, agrega palabras que hablan sobre el exilio o los exilios porque son diversos; porque un exilio se comprueba en pocos metros, en la misma casa; porque los exilios relativos y certeros dentro de la misma tierra van siempre adornados de pena.

Juan Bara piensa y recuerda. Pero no hay caso, él no recuerda haber decidido nada.

XVI

Luis Lacre escuchó el tango. La música venía de la radio que tenía un viejo que estaba sentado en uno de los bancos de ladrillos pegados a la pared, el límite de la plaza. Lacre escuchó, Qué triste está la calle y se acordó de Hugo Primus.

El problema... el mayor desafío... está en poderlos sacar del mirá, pobre viejito... pobre el viejito que está loco y no tiene casa, había dicho Luis Lacre en el último encuentro con Hugo Primus. Se habían encontrado en un café bastante arrimado al centro de Buenos Aires.

En ese café, Lacre, había avanzado sobre un punto específico en la creación de la mitología de la tristeza. Mientras buscaba las palabras que completaran las ideas, miraba a través de los ventanales. El café estaba en una esquina muy concurrida. Personas corriendo, vendedores, personas empujándose y pidiendo. Todos a la vista, pero Luis Lacre volvía a ver, a descubrir que los caminantes no pasan del mismo modo frente a un vendedor o a una persona estancada en el paso por falta de viento, que al lado de aquel que tiene la mano extendida en el aire esperando una moneda. El caminante pasa como si nada ocurriera frente al vendedor que no interesa y frente al que se quedó varado en la esquina. Pero no es lo mismo con el que pide, mínimamente, en movimiento casi imperceptible, el caminante mira, arrima aunque más no sea la punta de uno de sus ojos. El caminante siempre mira, quizá la duda, para asegurarse de que ahí no hay nadie.

Porque, qué escuchás... que sí, que saben que los que nada tienen están por todos lados... como escuché una vez... yo sé que están... sucios, pobres... pero, no sé, viven... sí, claro que viven... no se hace la cuenta... viven para la mierda... pero, mientras no nos toca... no se ve... después enseguida se procede al linchamiento, a la condena moral del sucio que te partió la cabeza para afanarte... ahí, sí... ahí los ven... con el golpe viene la mirada hacia el tipo que se caga de hambre desde hace tres años en la misma esquina.

Después que se fue del café el último pibe que entró a vender lapiceras por un peso, Luis Lacre había continuado con su discurso frente a la mirada atenta de Hugo Primus. Lacre abrió el juego sobre la mesa y se fue de la ciudad.

Y esto es Buenos Aires... el centro, el alma del país... acá lo mejor, lo más lindo... y todo es una mierda... cuántos saben lo que ocurre tierra adentro... provincias, reservas aborígenes, barrios y gente, mucha gente que no está en la mierda de acá... que es la más linda... no, señor... no cualquier mierda... ésta es la mejor porque es Buenos Aires... gente que sobrevive en las mierdas que están en el más allá... eso, sí... hay algo que sí se sabe... por eso

nunca se olvidan de culpar al que nada tiene... él tiene la culpa por no superarse... por no tener amor propio... algo así como... y qué querés si se dejan estar.

El tango que venía del banco pegado a la pared ya había terminado o el viejo de la radio se había alejado. Luis Lacre había terminado de recordar y ahora trataba de volver a la normalidad del pobre viejo loco que camina la plaza. Cuando Luis Lacre recuerda, las palabras, las situaciones, vuelven con toda su fuerza. Dientes apretados y murmuraciones por lo bajo, de momento lo transforman en el loco que no es, Debo parecer un loco, pensó y esbozó una tímida sonrisa.

Caminó hasta el puesto de siempre, pidió prestado el libro de siempre y anotó en la libreta Norte con animales de color naranja en sus tapas.

“Connaturalizados, al fin, con la yerba, ó sea el mate, ha continuado hasta el día de hoy su uso y su abuso. Tiene, sin duda, el mate propiedades estomacales y diuréticas; pero sólo las posee el mate amargo ó cimarrón, como llaman al sin azúcar. El mate dulce más daña que aprovecha. Sin embargo, cuando se toma mate, no se toma porque sea una bebida saludable, sino por pasatiempo, por el solo gusto de tomarlo. De ahí, y del modo de tomarlo (en rueda, entre la conversación, corriendo de mano en mano), la facilidad con que muchos se hacen viciosos. Algunos lo son tanto, que desde que se levantan hasta que se acuestan no dejan de la mano el mate.”

Luis Lacre devolvió el libro, saludó mientras guardaba la libreta y caminó hacia el bronce de la plaza.

XVII

Era de noche cuando Luis Lacre y Hugo Primus entraron al café. Hacía un buen rato que caminaban. Tal vez veinte, treinta cuadras entre un número decreciente de caminantes. Las calles en Buenos Aires cada vez se apagan más temprano.

El café estaba alejado del centro; era un café de barrio, con viejas mesas de madera, con viejos ceniceros de latón dorado con la propaganda de una bebida y con baldosas desparejas en el piso que delataban una presencia oculta capaz de salir en cualquier momento a la superficie. Luis Lacre, para quedarse tranquilo, pensó en una enorme raíz de árbol y nada más. Sonrió a Hugo Primus y miraron hacia las mesas.

El territorio estaba dividido por una línea de mesas que arrancaba desde una de las paredes y llegaba hasta el único paso autorizado hacia el más allá del café. Luego de esta porteña Línea Maginot y del espacio establecido para la vía de paso, sólo quedaba lugar para una mesa más antes de chocar contra la otra pared. La charla y el murmullo se extendían, a lo largo de la línea, entre hombres y mujeres.

Luis Lacre y Hugo Primus cruzaron la defensa y se acomodaron algunas mesas atrás del principal foco de vida dentro del café. Parecía un café con historia, el ambiente nada tenía que ver con el del café anterior, en las cercanías del centro.

Lacre... entonces... ¿le parece...?, dijo Hugo Primus entre los movimientos de ambos para acomodarse en las sillas y la mesa y la aparición del mozo, ¿Café...?; Sí... café; Dos cafés, entonces.

La mesa iba o venía sobre el piso según los brazos se apoyaran o se transformaran en ausencia, Sí, Hugo... definitivamente me parece... ¿conocer a los demás...?; Yo, por mi parte... encantado... pero, no sé... no quiero

molestar; Ni una mierda de molestia... yo soy quien ofrece... ¿querés conocer al resto de la mitología de la tristeza...?, sí o no; Sí, que quiero... mi cuidado está referido hacia los demás... ¿les parecerá bien...?; No olvide, amigo... que yo soy el iniciador de la intentona... ellos van a estar de acuerdo.

La tarea de mantener en equilibrio los pocillos de café en la mesa fue una empresa destacable. Hugo Primus envió sus ojos hacia el techo del local. Había descubierto que todo el techo tenía el revoque picado y por lo tanto quedaban los ladrillos a la vista. La esquina donde se encontraba el café era una vieja esquina de Buenos Aires. Los ladrillos tenían historia y atraían todavía más la mirada de Primus. De habersele preguntado a Lacre puntualmente sobre el piso, habría afirmado que aquello que se escondía debajo del piso también tendría su historia.

De acuerdo... porque usted es el jefe... o; Escuche, Primus... Hugo Primus... muy señor mío... no soy ningún animal, ningún dictador... si le digo que van a estar de acuerdo es porque los conozco... son buena gente y creen en lo que hacen; Usted está muy convencido, ¿no...?; Desde ya, Primus... desde ya.

Al parecer se contaban historias en la línea de mesas que dividía el café. Fragmentos de historias llegaban a veces a oídos de Lacre y Primus. Entonces el que escuchaba hacía un alto en palabras y en pensamientos e intentaba comprender, enterarse. En un momento ocurrió con los dos. Se miraron y suspendieron entre paréntesis su mesa. Lacre y Primus sabían de tomar café en Buenos Aires por lo que la acción de suspender fue en los dos automática. Si hay algo que se aprende tomando café en Buenos Aires es a suspender la mesa en pos de una historia, de otra historia o como en este caso, de un fragmento de una historia, El Ñato era malo... pero, malo con los pobrecitos, con esos que sabía que no le podían pegar... pero, un día apareció un flaco... flaquísimo... tocaba la guitarra... el flaco tenía dos manos así... y entró al boliche y dijo que buscaba al Ñato... que le habían dicho que era muy malo... que lo quería conocer... salió el Ñato... que era un ropero... y podés creer que el flaco lo llevó dos cuerdas a las patadas y cachetadas... lo dejó tirado en una zanja.

Luis Lacre y Hugo Primus pidieron una nueva vuelta de café. Era noche cerrada y llovía, ¿Cómo se llaman...?, ¿quiénes son los compañeros...?; Para usted, Primus... porque se podrá imaginar que no puedo revelarle toda la información... para usted y digamos, por ahora... los va a conocer como la Fasolera... Carlos Maquieta en María... y Rubén de Tres Esquinas.

Rueve

Juan Bara se mueve de su esquina.

Es domingo y apenas han pasado dos o tres horas después del mediodía.

Los domingos transforman a San Telmo en un hormiguero decapitado. Las personas que todavía están en condiciones de salir a caminar, a hacer el paseito de los domingos, eligen, en gran número, el circuito que tiene como centro la plaza.

Juan Bara camina mirando el piso. Sabe, por conocedor, cuándo debe sacar los ojos del piso. Cada tanto, y desde la vereda de enfrente, se detiene para mirar algún edificio viejo. Juan Bara mira sin emoción en la mirada, mira siguiendo cada detalle arquitectónico y nada más. Bara se toma su tiempo con cada nueva

aparición del pasado. Cruza la calle, elige el lugar desde dónde contemplar y luego es cuando mira sin emoción siguiendo los detalles arquitectónicos y nada más.

Juan Bara se detiene un tiempo mayor en la parte superior de los edificios. En las alturas es donde vive la muerte. Alguna vez, Juan Bara, escuchó el comentario. De arriba, hermanito... porque ahí vive... de ahí le dan bomba a la maquina de la muerte, había escuchado Juan Bara en una tarde de lunes a centímetros del centro de su esquina.

Un flaco, a pocos pasos de tener título cronológico de hombre, se había acercado a hablar y con una historia entre las manos. Desde aquella tarde, Juan Bara, juega su propio juego e intenta ver la caripela de la muerte que vive arriba, en las alturas. Desde arriba la muerte baja sus líneas y entonces, cada vez que Bara sospecha que no hay historias para contar, cada vez que la carne y la sangre abren la puerta para salir a jugar a la plaza y la muerte se transforma en el aroma inevitable, intenta llevar su violencia hacia arriba que es donde le gusta creer que vive la caripela de la muerte.

Juan Bara sigue caminando su tarde de domingo en San Telmo. Las personas pasan a su lado sin verlo; nadie lo molesta, nadie le dirige palabra alguna; no lo ven, así parece y a la vez extraña que nadie se lleve por delante al tipo que nadie ve.

En la esquina del viejo café, sobre tanto adoquín y ahí nomás de la plaza, un bandoneón y una guitarra convocan a Juan Bara. Un bailarín con funyi negro coincidiendo con la noche del traje mueve pasos a puro lustre y brillo sobre los adoquines. Los pasos son de otro tiempo. El milonguero ya se asoma a la ochava de la vida; en cualquier momento gritan piedra libre desde la otra vereda, piedra libre para él y también para su compañera de rubio teñido, pollera sobre la rodilla, tajo, taco aguja para milonga y medias negras alumbradas por arañas invisibles tras el adorno de las ligas.

Juan Bara mira desde el cordón. Mira desde un lugar preferencial, nadie lo empuja. Arranca el primer tango de la mano de músicos de dudosa procedencia y alguna vez hubo un primer tango para Bara. Todavía está el recuerdo. Juan Bara recordaba. Había sido habitué de una milonga y de varias milongas. Sabía de la noche del tango. Sabía de romper una cabeza con certero fierro en plena madrugada. Ruido seco y la sangre cayendo sobre otros adoquines porque la percanta lo valía y porque ningún pamela lo iba a venir a apurar.

Juan Bara se acordaba de la amueblada sin palo en la puerta; se acordaba de alguna chica mala boca abajo y medio dormida entre tragos de alcohol y acabadas.

Juan Bara volvió, por un momento, al tango. Era fuerte, había sido fuerte la atracción del misterio tanguero sobre Juan Bara. Pero, a ciertas esquinas no se vuelve. Para el tango no había volver. Era como el barrio.

Juan Bara camina, vuelve hacia su esquina. Para su esquina, sí tiene pasaje de vuelta. Camina mientras mira hacia las alturas desde donde la muerte baja sus líneas y adonde una vez más izará, roja en el cielo, y cuando el tiempo lo disponga, su bandera de exilio.

XVIII

Luis Lacre presentó a Hugo Primus.

La reunión con los demás integrantes de la mitología de la tristeza se llevó a cabo en un quinto piso de un edificio viejo. Lacre llevó a Primus al escritorio. La habitación era amplia y dos grandes ventanales dejaban mirar hacia la plaza que no era la misma en donde Lacre actuaba su historia. La reunión ocurrió lejos de la zona en la que cada uno intentaba ganar ojos distraídos.

Hugo Primus dijo, Hola, cada vez que le fue presentado cada uno de los personajes. Pero su mirada enseguida colocó el primer signo de interrogación en el rostro de la Fasolera, así la llamó Luis Lacre.

La Fasolera era una mujer de unos treinta años. Flaca y con buenas tetas. Exhibía, además, un cabello enrulado, largo y negro hasta donde los años se lo permitían, ya que las canas se mezclaban con verdaderas ganas en casi todos los rulos.

Pómulos salientes y con la sonrisa a mano, llevó a Primus a su pasado y entonces hizo el cálculo del tiempo que le llevaría tener a la dama entre las sábanas. Hugo Primus no había perdido instantáneamente el gustito de la Rusita, nada más jugaba a aceitar la máquina de adorar nenitas. Hasta ahí nomás llegaría su hipotético ensayo mental.

Enseguida se encontró hablando con Carlos Maquieta en María. Un tipo más, se dijo Primus, al tiempo que le estrechaba la mano.

Carlos tenía unos cincuenta y cinco años. Pelo corto y canoso. Bigotes también canos. Iba vestido con una campera verde que pertenecía a una dependencia del Gobierno de la Ciudad, Espacios Verdes; una camisa a rayas, más un ejemplar del diario Crónica doblado y trabado bajo el brazo como sólo puede quedar el diario Crónica. Carlos era un tipo simpático, uno de esos tipos con cara de bueno. Hugo Primus reparó en su voz potente, clara, amiga.

Cuando llegó el tiempo de Rubén de Tres Esquinas, Primus siguió caminando por la línea que había nacido con Carlos. Primus se dijo, Parece otro buen tipo.

Rubén era de barrio, era un típico ejemplar de habitante de barrio de Buenos Aires. Esos tipos que nunca olvidan las esquinas, los cafés, los amigos. Esos que nadie saca del barrio por más que vivan en cualquier otro lado. Primus lo supo cuando apenas terminada la presentación de rigor, Rubén, arrancó con su primera anécdota. Se lo podía llamar Rubén de Tres Esquinas, por el mito; o Rubén de las Anécdotas, por tanto recuerdo; o Rubén de los Poemas después que comenzó a recitar una verdadera enciclopedia compuesta por un poeta lunfa, según él, olvidado. Confesó tener más de sesenta años, pero a la vista declaraba menos trajín que Carlos.

Así había quedado la reunión dispuesta en el quinto piso con ventanas a la plaza. Dos lámparas chicas, una sobre el escritorio y otra colgando de una de las paredes, abrían el juego de las sombras.

Rubén de Tres Esquinas sacó la pipa al tiempo que recitaba

Es injusta la vida y chorra, hermano:

uno no tiene un pan entre las manos,

otro ya compró el cielo, va primero

y hasta puede bancarse sus gusanos.

XIX

Empiezo cada mañana... siempre a la misma altura de la avenida... llego a la esquina y a caminar... me pongo un saco de cuero negro... es largo, me pasa las rodillas... coloco la vista al frente y camino a buen ritmo... soy una caminante como Carlos... aunque bien sabemos que Carlitos camina mucho menos que yo... entonces, camino a buen ritmo... la vista al frente como si estuviera totalmente extraviada... y bajándola con cada descubrimiento... calculo que camino unas sesenta cuerdas... casi siempre a la mañana... y si tengo ganas... es decir, casi todos los días... agrego una pasada más a la tarde... hacer, al menos, una recorrida por la tarde ayuda y mucho... hay que pensar que si alguien me vio a la mañana... y después, justo me ubica a la tarde... el impacto es mayor... entonces, ahí estoy caminando durante todo el día... sería un éxito total si además me viera cuando voy por una vereda y que después me encontrara caminando sobre la otra... es importante que mi imagen deje claramente establecido que voy y que vengo casi sin detenerme... la idea de movimiento, del caminar constante durante todo el día... es quizá más llamativa que mi actividad de juntar puchos de la vereda y de la calle... pienso que la caminata es la que ante todo lleva a la posible reflexión... el pucho levantado del suelo agrega el componente asqueroso... estoy segura, así me ven... así se arma el mito... la flaca que camina todo el día... va y viene, la pobre... está loca, seguro... ¿nunca la viste...?, camina por la avenida juntando puchos... lo mío es distinto de lo que hace Rubén... en su mito importa qué acción es la que está realizando... el fumar puchos de Rubén, para llamarlo de alguna forma... ahora él te cuenta... es la jugada de mayor peso... ahí queda a un costado todo lo demás... sí, me gusta hacerlo... no dudé... la idea me pareció buena cuando Luis me contó lo que hacía... y el porqué de su hacer... después de encontrármelo unas veces en la plaza... hablé de la posibilidad de que yo misma trabajara un mito... presenté a Luis mi historia y él dijo que sí... que estaba bien... Quizás haya llegado la hora de agrandar la cancha, dijo... es importante que la gente vea a la otra gente... es importante que cada vez sepan más personas que en la ciudad hay historias tristes... que sepan de la pobre flaca que camina todo el día juntando puchos que todavía tengan algo para fumar... es necesario que vean... que nos vean para poder ver a los demás... y siempre alguien te ve... me pasó que un flaco se me paró en el camino... y me ofreció un paquete de cigarrillos... estuvo muy correcto... muy respetuoso... justo yo había levantado un pucho... le hubiese dicho gracias... gracias flaco por haber mirado, por haber visto... pero mantuve la mirada detrás de él... apenas una sonrisa... me guardé el paquete y pegué una pitada... el flaco dijo chau... suerte... y yo seguí caminando... me gusta pensar que el flaco siempre me ve pasar...

XX

Linda la flaca... decime si no te preguntás por la identidad ideológica de este par de tetas... te voy a contar, Hugo, cuál es mi divertimento, el mito... yo no me pongo ningún saco... así nomás, así como estoy ahora es mi manera de salir de mito... en una de las cuerdas de la misma avenida por donde la Fasolera pasea sus tetas... es donde regalo mi imagen... más o menos a lo largo de la avenida se reparten dos teléfonos públicos por vereda y por cuerda... bueno, ahí llego yo con mi campera de Espacios Verdes... elijo dos días de la semana... miércoles y

viernes... alrededor de las siete de la tarde... las veredas están repletas de hombres y mujeres que se desesperan a cada paso... no van a llegar a ningún lado y no se dan cuenta... Rubén, ¿cómo es que llama tu poeta olvidado a La Chacarita...?, dále Tres Esquinas Rubén, recordá... decí... eso, sí... al único lugar al que se llega seguro... es al Desporteadero... qué ocurrencia, ¿no te parece...?, llamar así a La Chacarita, al cementerio... hay cada loco lindo en Buenos Aires... es así, Hugo, antes de mi desporteadero me voy a cagar bien de risa... todos corren por todos lados... todos los negocios están abiertos... y entonces me acerco al primero de los teléfonos públicos de la cuadra elegida... primero le toca al que está justo frente a la puerta de una librería... el otro está frente a una casa de deportes y para el lado que la numeración de la avenida va en baja... llega mi turno, si es que tenía a alguien adelante... si está libre me mando directo... pongo una sola moneda de diez centavos... marco el mismo número 5555555555 diez veces... y espero que María me atienda... María atiende y yo, eufórico, grito ¡Feliz cumpleaños, María...!, Felicidades María... que sea tu mejor día, María... No sé hasta cuándo te voy a querer... Felicidades María... entonces corto... y al instante marco otra vez... y a que no adivinás, Hugo... sí, efectivamente María me contesta y yo que le deseo ¡Feliz cumpleaños, María! Y al menos tres veces canto... una canción romántica, una de amor para María... la gente me mira... pasan, se dan vuelta... se paran porque quieren ver al que desea feliz cumpleaños con tantas ganas... quieren ver al que canta en la calle con tantas ganas cuando hoy ni siquiera se animan a silbar... y los que me tienen visto... imaginate... María sería la mujer que vive todo el año de cumpleaños... pero, ¿quién será la María de este tipo...?, el amor imposible, el amor perdido... es triste y nadie está a salvo... a cualquiera se le puede hacer humo la María... tendrías que ver al flaco de la librería... bueno, está bien que ése es un caso especial porque un toque tiene el pibe... pero en cuanto se avivó que yo saludaba a María durante casi media hora... empezó a pararse en la puerta del local... desde ahí se esforzaba por saber si yo realmente marcaba o no un número... entonces me acomodaba mejor para que él viera que marcaba cualquier cosa... y muy bueno estuvo cuando un día se animó a seguirme hasta el segundo teléfono de la cuadra... y vuelta con María unos veinte minutos más... el flaco llegó a seguirme... una noche, por ahí imaginándose que yo le hablaba a María en todos los teléfonos de la avenida... sin saber que el mito cuenta de dos teléfonos... siempre los mismos, siempre la misma cuadra... esa noche hice caminar bastante al flaco... largó después de unas treinta cuadras y yo como uno más en la calle... y me divierto... es decir me divierto y lo ayudo a Luis con la pelea... soy amigo de una punta de años de la flaca... al principio quise festejarle las tetas... pero nuestro encuentro iba marcado para otro lado... eso sí, primero le miré las tetas y los rulos largos... ¿viste qué bien quedan las tetas con los rulos...?, después apareció todo esto... y está bien... la miseria se come a las personas... y nadie ve... me pone bien ayudar... pelear contra la miseria... sí, me pone bien ayudarme...

XXI

Una cuestión de Senos, al principio... diría Gómez de La Serna... tiene un libro que se titula así... Senos... es un catálogo sobre los distintos tipos de tetas con los que uno se puede encontrar... porque, según el español ilustre, hay tantos tipos de tetas como de mujeres... cada una con sus tetas... y vos, Hugo Primus, ¿de dónde saliste...?, es raro que estés acá... ¿no te parece...?, venís a un departamento que no conocés... a escuchar historias de casi

locos, locos y no tanto... y una muchedumbre de dudas que me acompaña... ¿por qué está acá, esta noche, el ciudadano Hugo Primus...?, sí... algo ya sé... hombre de tango... hombre de tango moderno y ahí ya tenemos mecha para el debate... no me importa si es Di Sarli, Pugliese o Piazzolla con el Polaco volando bajo... es música de Buenos Aires, siempre es música de Buenos Aires... y es lo que me importa... así que por ahí no caminemos... Primus quiere saber... antes era el pueblo el que quería saber de qué se trata... la verdad, nunca me lo creí... ¿una época donde el pueblo quiera saber...?, no, nunca me lo tragué... siempre fuimos de saber corto, chiquito... Primus quiere saber de qué se trata el mito... ¿el mito de Rubén...?, muy simple... lunes, miércoles y viernes... tres días y tres lugares... los lugares son siempre los mismos... tres esquinas sobre la avenida... cambio el orden, mezclo y doy de nuevo... lunes en esta esquina... mañana en aquella... y la que esta semana entra cola termina segunda en la próxima... si bien debo mi obligada presencia semanal en las tres esquinas... trato de que el deseo me marque los días... lo mío empieza a la noche... después del atardecer, a las ocho, ocho y media... ahí enfilo para la esquina elegida... llevo un bolso viejo y voy vestido como si aguantara los días en la calle... sucio, roto y con mi bolso... y llevo, infaltable, un cajón típico de verdulería... llego a la esquina... doy vuelta el cajón para que pase a ser la mesa para la cena... y así tranquilo, bien despacito, voy poniendo la mesa... un pedazo de salame, pan... las tres esquinas son oscuras... la gente pasa y me ve... ve algo y adivina qué es lo que sucede... después va armando la imagen en el camino a la casa... así armo mi cena triste en cada esquina... mi cena triste en mi noche triste... yo también a la espera del desporteñadero... así se hace el mito, así respira a la espera de los ojos... pero qué querés que te diga, Primus... la duda me alcanza... hoy me digo que sí... que acompañando a Luis hago algo... estamos haciendo algo que bien vale el intento... y otro día, la duda me alcanza y me atraganta... con la duda atravesada me pregunto si es posible cambiar algo de esta manera... cambiar algo en tanta mierda asesina... porque si la miseria mata... ¿cuáles son los motivos para no cargarte a alguno de los miseriadores...?, matar está mal, Rubén... lo sé, boludo... si siempre estuviste por la vida... y por eso, también boludo, es que temelopregunto... ahí me agarra el quilombo, Hugo... a veces voy mal sabiendo de mis manos vacías mientras espero en una esquina... qué sé yo... el hambre es hoy y entonces me agarra... y dudo, y me siento tonto... y a la vez cargo con alguna esperanza tratando de que me vean... no sé, para que un día no lleguen hasta la casa... para que un día alguien repare en que las historias tristes siguen porque siguen los mierdas que siempre nos gobernaron... es así, Primus... de la mano de Luis... con la Fasolera, que es cierto, tiene buenas tetas... con María, la más mía, la lejana, perdida en un paisaje triste desmayado de amor... llevé toda una vida de militancia política... Luis es amigo de siempre... él siempre trató por otros caminos... Luis tiene mucho de soñador... yo me fui alejando de las estructuras estructuradas y acá estoy... siendo un mito más en la mitología de la tristeza... hablando con Hugo Primus y una vez más recitando a la amable concurrencia ávida de espectáculos

*Con la guita que afana, la que curra,
y la que le rapiña al que labura,
adquirió una parcela sepultura
para cuando por fin cante las hurras.*

Ya entró en cortocircuito este fulano

*si creyó que comprando el terrenito
iba a finir de a poco, despacito,
para que no se aviven los gusanos.*

*El jonca golpeará tocando fondo
cuando las sogas suelten las manijas;
después tierra y terrones a paladas.*

*Pero tanto bochinche allá en lo hondo
reunirá al gusanaje – era de fija –
que invadirá su propiedad privada.*

XXJJ

Luis Lacre recuerda la cara que Hugo Primus iba poniendo a medida que avanzaban las historias de la nueva mitología porteña. Recordaba mientras pensaba en el tango y con el tango en Hugo Primus. Así Lacre recordó caras y palabras de un escucha sorprendido.

Primus repitió muchas palabras, era su manera atenta de escuchar. Dijo que sesenta cuerdas es todo un número; puchos de la calle; abrir la cancha; le hubiese dicho gracias; es necesario que te vean; la identidad ideológica de este par de tetas; desporteñadero; María, no sé hasta cuándo te voy a querer; me divierto y lo ayudo a Luis con la pelea; Di Sarli, Pugliese o Piazzolla, música de Buenos Aires; los miseriables; ahí me agarra el quilombo.

Esto es verdad, Lacre... esta gente está viviendo las historias, Hugo Primus se había acercado a la oreja izquierda de Luis Lacre y éste había contestado acompañado de una sonrisa, Sí, señor... así es.

Luis Lacre todavía ve la cara de Primus luego de la respuesta. Era una cara a mitad de camino de todo, no era credulidad ni tampoco escepticismo, no era la máscara de la carcajada y tampoco la imagen del respeto. Hugo Primus siguió sentado y escuchando una animada conversación entre los presentes.

Luis Lacre pensaba en el tango; qué fue el tango de ayer, qué era hoy el tango, qué es lo que seguiría siendo el tango. Lacre recuerda a través de la ventanilla del colectivo. Tomó el colectivo sin objetivo preciso, eligió la línea pensando en la distancia hasta la terminal. Era uno de esos días en que se presentan las ganas de mirar a través de la ventanilla y pensar. La mañana había arrancado como de costumbre, al pie de una mesa de café, una mesa de café ubicada en una esquina. El café podía ser el mismo durante días o distinto cada vez, decidía el impulso primero. Lacre iba y venía en el recuerdo, pero el tango convocaba su pensamiento.

Para Luis Lacre, el tango de ayer, podría ser definido por un porteño de esos días con palabras precisas. Preguntado, el tanguero respondería. Aquellos tangos son armonía, son compases deliciosos, son notas del corazón, son llanto de bandoneón y ojos que miran dichosos. Son los patios de ladrillos ornados en sus rincones con macetas de malvones y aromas de jazmines. Son las guitarras que gimen y el taconear de varones. El tango es el arrabal que llora, que ríe y canta, es la obrerita, percanta con su traje dominguero, y cuanto más orillero,

más a las almas encanta. Es la luna, el farol con tenue luz mortecina; es organito de esquina que suelta notas al viento; es el grito, es el lamento y el fru-fru de percalina. Es la danza y es la trenza de unas piernas endiabladas que siguen, acompasadas; música que da la nota y que misma provoca el arte de una sentada.

Cada vez que Luis Lacre se pregunta por el tango de ayer aparecen algunas líneas de un poema al tango. Lacre no recuerda autor y algunas veces aparecen más líneas que en otras. En realidad, Lacre ya duda cuánto hay del poema original cuando los días lo llevan a pensar en el tango de ayer. La filosofada porteña es terreno propicio para la mentira... la maravillosa filosofía de la mentira que a nadie hace mal, sabe filosofar Luis Lacre en su silencio.

El tango hoy es caminar por Buenos Aires; estar presente en los lugares de ayer o en los lugares en donde hay restos del ayer, sentarse en alguno de los cafés viejos o pararse en esquinas con historia; el tango hoy es leer la ciudad en los escritores que se ocupan de ella; es escuchar la música de la ciudad con libertad, festejar de Gardel a Goyeneche, de Troilo a Piazzolla mientras la mayoría se desangra en las corridas que no llevan a ningún lado; el tango hoy es acercarse al tango; acercarse al tango es, de alguna manera, ser como Hugo Primus, un tipo que no es un extraño en su ciudad, uno de esos tipos que se permiten decir Sí a las historias que vienen de las personas que hacen la ciudad de la música propia.

Luis Lacre nuevamente llega a este punto en su discurrir filosófico con fondo de ventanilla de colectivo. En este volver se agrega la figura de Hugo Primus como camino viable hacia el tango. Una vez más Luis Lacre no descubre absolutamente nada. El tango o la música de Buenos Aires está ahí, al alcance de la mano como en todas las épocas, viene de la gente y en ella muere y resucita cada vez que alguien quiere recordar y escuchar.

El colectivo que llevaba a Luis Lacre no llegó a ningún lado y él fue feliz por haber estado por esas calles. Eternos arranques de soledad y melancolía, dijo Luis Lacre y el chofer lo miró como si estuviera loco.

Diez

Juan Bara volvía al recuerdo cada vez con mayor insistencia.

Él llegaba al recuerdo o el recuerdo llegaba a él; tal vez pegaba unos gritos, empujaba alguna puerta o simplemente pedía permiso y entraba o llegaba. Así quizás se manifestaba el recuerdo en el pensamiento de esa esquina de San Telmo, pero poco importa el cómo. Visitante o anfitrión, el recuerdo ahí estaba. Quizá la vida sea posible porque se recuerda. Quizá por eso Juan Bara existe, porque es dueño de muchos recuerdos de esquina así como de tantos recuerdos anteriores a la esquina.

Desde su esquina de San Telmo, Juan Bara, vuelve a la casa de los pilares bajos y la puerta de hierro. Vuelve a caminar sobre el pasillo de baldosas grises, negras, blancas y va en busca del primero de los exiliados, el abuelo poeta.

Juan Bara recuerda y a poco de recordar aparece una corrección. El abuelo poeta no fue el primero de los exiliados de la familia. Bara recordó que alguna vez, la familia había huido del Uruguay. Eran los tiempos en que el abuelo poeta aún no nacía. De pibe escuchó que las causas habían sido políticas.

Aquella familia cruzó desde la otra orilla. Era la posición económica o la vida, entonces la familia subió al barco y éste los trajo hasta un conventillo de Buenos Aires.

El abuelo poeta de Juan Bara fue el último en nacer. Parido argentino, comenzó a prepararse para la vida. Pero no tuvo mucho tiempo para preparativos. Bara nunca supo si fue porque la hora había llegado o porque el camino entre la casa uruguaya y el conventillo es camino duro de caminar, pero los padres del abuelo poeta murieron pronto. La mamá cuando él tenía tres años y el papá cuando contaba con apenas doce.

Ahi quedó el futuro abuelo poeta, sin padres y con varios hermanos mayores que misteriosamente se hicieron ausencia y recuerdo amargo.

Juan Bara ahora sabe que en el principio, antes de los días del abuelo poeta, el exilio también había hecho de las suyas.

El abuelo poeta contaba con catorce años cuando dormía en un carro de reparto de una panadería.

Nunca fue a la escuela.

Juan Bara recuerda que veía al abuelo poeta entrar a su casa. Eran los años buenos.

Bara iba a la escuela sabiendo que, ese abuelo que sabía poeta, nunca había ido a la escuela. La pregunta era inevitable, cómo escribe si nunca fue a la escuela.

Juan Bara recuerda las inclinaciones y actividades del abuelo poeta. Había sido actor de teatro independiente, había pintado cuadros en maderas de cajones de frutas, había escrito poemas y había sido pintor de obra entre otras tantas ocupaciones que posibilitaran el techo y la comida. Bara se fue enterando, luego de su muerte, de más detalles, anécdotas. Bara se fue enterando mientras duraron los años buenos.

Juan Bara descubrió la poesía del abuelo poeta.

Hacia el final de sus días el abuelo poeta elegiría su exilio en la piecita. La pieza estaba cerca, apenas a tres metros, de los barrios centrales de la casa.

Juan Bara siempre se preguntó por los misterios que guiaron los pasos del abuelo poeta.

Su vida había sido de conventillo y casas alquiladas. Siempre con la moneda justa, o menos.

Terminó sus días en una casa en la provincia de Buenos Aires. Una casa cercana a las vías del ferrocarril. Casa propia, gracias al esfuerzo del padre de Juan Bara.

En esa casa acondicionaría su exilio y en él se apagaría su vida.

Juan Bara recuerda en su esquina o desde su esquina, recibe el recuerdo o entra en él. Poco importa cuál es el camino. Juan Bara recuerda en San Telmo o desde San Telmo y nuevamente poco importa, o nada, cuando nada más se vuelve a lo que fue y que ya no es.

XXIII

Los encuentros entre Luis Lacre y Hugo Primus tuvieron lugar en distintos cafés de Buenos Aires. El café era el refugio elegido por ambos. Lacre proponía uno y la siguiente vez era Primus el que señalaba el paisaje.

Luis Lacre dijo muchas cosas en el último café. Él mismo había elegido el lugar. Era un café remodelado sobre una esquina con historia. Siempre, o desde que Lacre tiene memoria, hubo un café en esa esquina. Ya no había

truco ni patrón y soto, pero algo quedaba. Así aseguró Luis Lacre, Es cierto que mucho no queda... no, no queda... pero hay algo que todavía me llama... hay algo que todavía me gusta... mirá... mucho no queda... pero deben quedar fantasmas... algo quedó en la raíz de esta esquina... una gota de café en el pocillo, es fantasma de la casa... las caras de todos los que ya no están... todos fantasmas míos.

Así habló Lacre en aquel café, a modo de prólogo, una manera de pintar el paisaje, para la nueva charla o mejor dicho para el monólogo que inició cuando Hugo Primus dijo, Acá nadie está seguro.

Luis Lacre se preguntó para sus adentros, ¿Qué es estar seguro?, para después hablar en ese café con fantasma que Hugo Primus recordará siempre pegado a su expresión, no dicha a la ligera, pero sin imaginar que sería el principio de una apasionada disertación.

Acá nadie está seguro... no, nadie... es imposible... pero ahí tiene, Primus... el primero de los errores... tu “estar seguro”... no se debería estar pensando en la manera de estar más seguro... tendrían que estar pensando que muy por el contrario... no existe esa mierda de la seguridad... por el contrario... tendrían que estar pensando en lo finito... finito de delgado... aunque el otro finito mal no vendría... finita es la línea que hoy separa al que tiene un techo y al que no lo tiene... finita la línea que separa al que ayer comía del que hoy te pide la moneda porque no tiene nada... y algo hay que hacer... sería más lógico y humano percatarse de la flacura de la línea... tres meses sin laburo... tres meses sin el amigo que te banque la noche porque no tiene ni para él... y ya estás... tenés título de caído... de patinado por uno de los costados del universo... ya nadie te ve... nadie gasta en vos ninguna llamada... la línea divisoria de aguas, mi querido Primus, es fina y no hay vuelta... hoy acá, mañana allá... pero en este ispa la gente ve todo al revés... no reaccionan hasta que les toca a ellos... hasta que no los están culeando no se interesan por la situación de los que ya han sido culeados... fíjese, Primus... ¿vio la propaganda de esa tarjeta de crédito...?, esa que mostraban para las fiestas... te contaba... la voz de uno de esos quías que hablan con sombra, como dice un amigo... te contaba la voz grave... de los pibes que viven para la mierda en... Brasil, Colombia, Paraguay, Bolivia... Argentina, no... no vaya a ser que a nosotros nos pase lo mismo... entonces, los pibes no morfan, no estudian... se enferman y mueren... ¿qué hacer...?, bueno, usando esa tarjetita de plástico en las compras navideñas... vualá... comprando ayudás con un porcentaje a los pibes... ¿llegará la ayuda...?, mucho, poquito, nada... uno nunca sabe... pero, a lo que iba... la propaganda cierra su imagen tierna con esta frase... Para ayudar a nuestros niños menos afortunados... hijos de puta... ahí está la mirada para el carajo... un clásico de “sigan la flecha”... menos afortunados... cómo afortunado... si la comida, la educación y la salud... no son cuestiones que deban depender de la fortuna... son derechos... deberían serlo y no lo son... y así se compra el mensaje... así pensamos en la mala suerte de ciertas personas... muchos son los que esperan de esos desafortunados de nacimiento... un cambio... es fácil, debe serlo... un brote repentino y vigoroso de amor propio... de superación... para así terminar con el trabajo brujeril de los astros con que el destino los ha marcado... y entre tanta cuestión de suerte... no ven que la línea es finita... no existe ningún... A mí no, porque soy fuerte y tengo amor propio... así te la bate la propaganda, pero... es muy delgada la línea... hoy acá y mañana allá... la sociedad de mierda se sigue comiendo a las personas y no hay distingo... cuánto hace falta para estar del otro lado... nada, poco, poquito... algunos meses faltando el trabajo y sin una moneda debajo de la almohada... la enfermedad... o la pura decisión... por nombrar algunos de los causales que te pueden llevar afuera de la comunidad... la enfermedad, se explica por sí sola... en la calle puede vivir aquel que decide vivir en la calle... su

decisión es respetable... y muchas veces no tiene que ver con alguna desgracia, sino con una filosofía de vida... pero que te dejen sin laburo... que quedes afuera porque no te tienen en cuenta en las grandes recetas del poder... es criminal... así nomás te cambian la suerte... te la cambian, Primus... y estás afuera... así de fácil cruzás la línea y a vos ni te preguntaron... no decidís ni medio carajo... tiempo atrás, los crotos decidían vivir recorriendo el país en trenes de carga... más allá del componente económico, que lo había... más allá de eso... ser croto tenía que ver con una postura ante la vida... uno debería poder salir de la sociedad, si así lo desea... y volver a ella, si el impulso así lo marca... hoy no es posible... hoy está en marcha un plan de exterminio... si no consumís... si no tenés para comida, techo, remedios y servicios... mejor morite... vos no decidiste, pero igual vas de agonía... porque definitivamente... los que reparten la verdad de la sortija... te dejaron a gamba... y a no olvidar... que mucha vuelta marea... a no olvidar que así nomás te hacés invisible.

XXIV

A toda historia le llega su momento, dijo Luis Lacre y Hugo Primus escuchó.

Habían pasado dos días desde el último encuentro entre todos los participantes de la mitología de la tristeza y Primus. Dos días y Primus seguía volviendo sobre lo dicho en el departamento frente a la plaza. Una nueva reunión y Hugo Primus estuvo otra vez entre ellos.

A toda historia le llega su momento... y a nuestra mitología de la tristeza... que es una historia... que sin duda, es historia... le ha llegado el suyo, había dicho Lacre con voz segura y con cierto toque de solemnidad.

Luis Lacre pasó a explicar que había llegado el tiempo de ejercer una mayor presión sobre la sociedad. Hacía falta una acción combinada que posibilitara un efecto mayor.

Ellos deben ver... y con más esfuerzo de nuestra parte... estoy de acuerdo... armar movidas tendientes a romper la distracción... se puede lograr más, mucho más, dijo la Fasolera.

El escritorio estaba acomodado de la misma manera que en la visita anterior. Primus tuvo la sensación de que ahí no vivía nadie. Luis Lacre y los demás nunca dijeron una palabra al respecto. Nadie habló de “mi casa” o “mis cosas” o “mi lugar”. Primus recordó esas reuniones de juventud donde uno terminaba en casas que parecían no pertenecer a nadie. Casas ofrendadas, en todos los tiempos, a los dioses diversos de la reunión.

Creo necesario combinar nuestros mitos... hacerlos coincidir en tiempo y lugar... creo que deberíamos elegir una zona para hacerla escenario... por eso mismo pensé en el cruce de avenidas... ahí, en el centro comercial es donde pondremos a descubierto los mitos... para que aquellos que ya ubican la historia triste, la vuelvan a ver... y para que aquellos que no las conocen... bueno, las conozcan, dijo Lacre que se vio interrumpido por las palabras exaltadas de la Fasolera, Para que las vuelvan a ver... y una al lado de la otra... sumar, ahí la cuestión.

Carlos Maquieta en María acercó unos vasos y ofreció whisky. Aclaró que no había hielo. Todos aceptaron y se hizo un silencio para escuchar la bebida cayendo en cada vaso.

Para la acción se deberán modificar ciertos aspectos míticos... a saber... la Fasolera deberá acotar su camino de ida y vuelta a sólo dos cuadras... hasta la esquina con la otra avenida y la cuadra siguiente... Carlos Maquieta en María... en las mismas dos cuadras y en los teléfonos públicos de ambas aceras... Rubén de Tres Esquinas...

deberá ubicar su mesa en la esquina norte... la que tiene historia... que no es la más transitada, pero hacia ella van los ojos de casi todos los que caminan... ése es otro elemento que favorece... de qué serviría cenar en público cuando la multitud te oculta... deben ver, es la idea... si bien se alterarán horarios, lugares e historias para esta acción combinada... los mitos no perderán su esencia de historia triste... ganando además con el efecto sorpresa... sorpresa para aquellos que los conocen de otro lugar... y sorpresa para los que de ellos nada saben... en este caso, el efecto a lograr con la permanencia y repetición en las dos cuadras... sin duda contribuirá a la inevitable toma de conciencia... se respeta además la avenida donde nacieron los mitos, había dicho Lacre en el mismo tono con el que empezara la noche.

La Fasolera fue hacia una de las ventanas. Quizás haya mirado a la plaza, pero Primus creyó que miraba la noche. La Fasolera, siempre segura, miraba la noche y pensaba reflejada en el vidrio.

Va a estar divertido... sí, que me voy a divertir lindo... una operación secreta... encubierta... como hacen los medios... para que nos vean todos esos ciegos de mierda, arrimó Carlos Maquieta en María cerrando con una flor de carcajada.

La hora de comienzo de la acción combinada será las diecinueve horas... y se extenderá hasta... por lo menos... las veintiuna horas... el horario es otro aspecto que cambia... pero será tomado de la misma forma que los elementos anteriores sobre los que ya se ha hablado... desde ya que el centro comercial elegido es el que está más cerca de cada una de nuestras áreas de influencia... el mito más complicado de sumar era el mío... así que por lógica operativa... el centro comercial elegido... es el más cercano al radio de influencia del mito que me pertenece... habrá un elemento más que se sumará a la acción... una radio... un programa de radio con bastante audiencia en el lugar... programa emitido desde una FM ubicada en el edificio más alto que hay a una cuadra del cruce de avenidas... de boca en boca... por la propaganda de los comerciantes que quedan... porque en el programa se hablan cosas del barrio... y porque tengo cómo llegar al conductor... por estas razones de peso... sumadas a que el programa comienza a las diecinueve horas... es que decidí mover influencias... y lograr que el día de la acción combinada sea invitado nuestro amigo... Hugo Primus... para hablar de tango... del tango de historias tristes que se escucha cada día en Buenos Aires, dijo Lacre y miró buscando la cara de Primus, el invitado.

No me afloje, hermano... así somos más los que dudamos, sentenció Rubén de Tres Esquinas.

La reunión terminó. Primero se fue la Fasolera y Rubén de Tres Esquinas le tiró unas líneas de acosadora poética

*Bien de gomas, de chapas más o menos
pero con la de auxilio sin rodar,
era mina que no aplicaba freno,
cuando embalaba no podía parar.*

Hubo un beso de despedida para cada uno. La Fasolera miró a Primus con ojos de mujer pícara que promete todo, no entrega nada y sólo dice, Bienvenido, Primus, antes de desaparecer.

Después se retiró Carlos Maquieta en María. Estaba feliz, se iba feliz y para él era suficiente.

Luis Lacre, Rubén de Tres Esquinas y Hugo Primus, bajaron juntos. Rubén saludó y se fue. Cuando le daba la mano a Primus, preguntó, ¿Te tomás un café...?, llamame, y le dio un papelito doblado. Bueno, dijo Primus y se fue caminando con Lacre.

Hugo Primus recuerda haber preguntado a Luis Lacre, justo en la primera esquina, Lacre... dígame una cosa... ¿por qué estoy acá...?, ¿por qué yo...?

Simple, muy simple... quiero un testigo... me hace falta un testigo... alguien que pueda decir... yo estuve ahí, yo los conocí, yo sabía... alguien que presencie el crecimiento de mi criatura... el arte precisa del silencio del artista... y de las palabras del observador... a veces, es así... la crónica ciudadana precisa de testigos... personas que de momento guarden el secreto mientras a alguno se lo van contando... además, Primus... usted ya no es... sólo un testigo, un cronista invitado para que guarde y entregue... usted ya es parte de la mitología de la tristeza. Hugo Primus lleva días recordando mientras, sin causa aparente, deja en suspenso el llamado a Rubén.

Once

El impulso de vivir va y viene, la puteada va y viene, y el amor va y viene. Avance y repliegue, hoy se puede y mañana no, un poco acá y mañana ausencia. Así la vida mientras Juan Bara se mueve de extraña manera y en apenas dos metros de su propia esquina. Permanece unos instantes en su nueva ubicación y vuelve a su lugar de origen. Luego se corre un metro en sentido contrario a ese primer movimiento de dos metros en la mañana.

Así Juan Bara ocupa su tercer lugar desde el nacimiento de la mañana.

Juan Bara aparentó buscar la luz del sol que pega en la vereda y aparentó buscar la pura sombra. Juan Bara aparentó en apenas unos metros, en su esquina de San Telmo y en Buenos Aires. Aparentó en su mierda, “mi mierda” como gusta llamar a tanto paisaje de sol y de sombra y de apariencia.

Juan Bara detiene su “no hacer” y contempla la marca, la hora del mediodía. La descubre porque algunos todavía comen. Alguien camina con un paquetito en la mano y una bolsita cuelga en el aire de San Telmo. Bara recuerda el hambre que lo llevaba a hacer. El hambre tiene muchas caretas y hoy Bara, en su esquina, no tiene hambre y sí lo tiene, y es tanto el hambre que tiene sin tenerla que uno de los posibles nombres del hambre se las arregla para caminarle la cabeza. El hambre, que camina por los adentros de la cabeza de Bara, se mueve a punta de patadas y carajos. Un hambre de distintas caretas apura los recuerdos a Juan Bara que aparentó buscar refugio dando dos pasos hacia atrás. Curioso es buscar refugio acercándose a la pared que en algún momento no permitirá ni siquiera esos dos pasos hacia atrás.

Juan Bara se mueve agachado, con las rodillas pegadas al pecho, abrazando las piernas y trasladándose de a pocos centímetros. Las patadas y carajos propinados por el hambre al recuerdo, llevan a Juan Bara muy lejos en el pasado y al instante anda cerca o más o menos cerca de esta mañana en que aparenta búsqueda de sol y de sombra. Juan Bara busca en su esquina de San Telmo.

Se recuerda pibe en nochebuena. Recuerda los triangulitos, las bombas, los petardos que por turnos de apariencia, potencia y portador, entraban en la casita de las cartas de la señora de la media cuadra. Los pibes del barrio eran muchos, nada más hacía falta salir a la puerta de la casa y ahí estaban. Algunos, casi todos,

todos, con solo correr hasta la esquina. Juan Bara en el barrio y en compañía mientras la casita de las cartas se hinchaba con cada nueva explosión en plena ausencia de su propietaria. Cada año se renovaba la casita y una tras otra el barrio las ajusticiaba en nochebuena. Convención de barrio que hoy se lleva a Juan Bara entre tanto fantasma agradecido.

Ella tenía una pollera larga y ancha. Era de un color verde apagado. Juan Bara volvió a verla de rodillas ante él. Estaban en una cocina, en silencio, y entonces ella besaba y chupaba como podía, como alguna vez había escuchado o como alguna vez había imaginado que se hacía. Su imaginar no había llegado hasta la hora de derramar, de tragar, de esperar cada pequeña muerte del bello morir de Juan Bara. Ella tragó lo que pudo de lo que fue la primera llegada, luego un poco de tos y susto nervioso y la cara surcada de gotas y caminos. Juan Bara se quedó con el recuerdo iniciático de esas gotas desbocadas del rostro e imposibles de atrapar por manos torpes dispuestas a todo sin lograr nada. Juan Bara recuerda las gotas oscureciendo el verde de la pollera.

Juan Bara recuerda tiempos en los que era otro. Bara sabe que un hombre puede ser muchos al mismo tiempo, sabe que fue muchos a lo largo del tiempo y sabe que puede ser convertido en muchos cuando se es juguete de los tiempos. Bara fue hombre de pensar bastante antes de llegar a su esquina en San Telmo, por eso sabe de los hombres como juguetes de los tiempos. Hoy se juega con el destino de las personas, podría haber dicho el abuelo poeta de Juan Bara o el padre pintor de cuadros de Juan Bara o el mismísimo Juan Bara. A la manera de pensar de cada uno de ellos habrá contribuido la pelea de todos los días por resistir. Bara sabe que sus antecesores tuvieron que ver con su pensamiento, y peleó hasta que lo derrotaron bien adentro en la sangre. Bara sabe que ellos tuvieron que ver y a ellos ha vuelto muchas veces con el recuerdo. Juan Bara siempre recuerda desde su esquina.

Juan Bara se desplaza a su derecha y atrás, sigue agachado y abrazando las piernas, se acerca un poco más a la pared. Su movimiento es lento, se bambolea, se ve inseguro. Juan Bara sigue en su esquina y recuerda.

Ella había dicho que nunca la habían besado así. Juan Bara abrió los ojos cuando ella apareció. Me acuerdo, pensó Bara, Qué será de ella, volvió a pensar y entonces quiso recordarla, a ella y su historia, en la totalidad de lo acontecido. Bara sabía de trampear al sueño y al recuerdo, de manipularlo a fuerza de haber visto tanto, de haber recordado tanto. Nada mejor que el recuerdo cuando uno ha conspirado contra él. El recuerdo modificado hace posible el sueño consciente y mentido en plena vigilia. Es como esconder la cabeza debajo de la almohada y jugar a estar dormido cuando se sabe lo que va a ocurrir porque así se quiere que ocurra. Bara sabe de la reconstrucción histórica de los sueños. Bara sabe de esta manera de hacer ajustar las piezas y obrar de acuerdo con los planes. Cuando ella apareció, Bara quiso recuerdo, sueño, mentira y conspiración para gozarla otra vez. Se acomodó en la esquina, un poco más cerca de la pared, se pasó la mano derecha por la cara y nada. El recuerdo no aparece, no sale, no viene.

Juan Bara había dispuesto todo y nada. Algo fallaba, algo lo dejaba afuera de su propio pasado. No había manera de volver a saber cuántas veces ella mintió y se escapó para ir a verlo; cuántas veces le había sacado la ropa; cuáles habían sido sus palabras de te quiero y te amo dichas por ella y por Juan Bara que hoy no puede volver a la piel porque nada más tuvo ganas y porque le parece válida esta manera de resistir, a base de recuerdos, en su mierda que lo guarda en la esquina. Bara no pudo llegar a ella y nada más se vio envuelto en un terrible recuerdo de hambre, de pura hambre y soledad. Sólo hambre de exilio en medio de la nada.

Soledades de cuando ni siquiera había esquina. Hacía tiempo que no iba tan lejos, Para qué volver, Bara, se dijo otras veces y salió. Pero hoy no, ahí se quedaba, partido al medio en su soledad de hambre que lo llevaba a apretar con más fuerzas sus piernas, a cerrar los ojos, a parecer más inseguro, a acercarse todavía más a la pared buscando el refugio que nadie da en esta mierda.

Juan Bara se mueve como se mueven los pájaros cuando están esperando encontrar el lugar exacto para morir. La distancia es variable, diez, veinte, treinta centímetros. Los pájaros mueren siempre cerca de una pared, buscando el refugio que nadie ofrece. Juan Bara no es pájaro, nunca lo fue y siempre los detestó. Juan Bara es un ser extraño, no siempre fue así, pero así terminó luego de ir como juguete de los tiempos. Un rincón en mi mierda... hijos de puta, dijo Juan Bara cuando ya estaba bastante cerca de la pared.

XXV

Luis Lacre se paró al pie de su cama y aún no había comenzado su día. Nunca comienza el día al pie de la cama. El día de Luis Lacre arranca en un café, en un café ubicado en una esquina y en una esquina su mesa de café al borde de una ventana.

Hoy sería la esquina más cercana. La noche de Lacre había sido movida, plena de fantasmas, de puñados de fantasmas repartidos en caras y acciones, en pensamientos y abrazos y besos. A decir de Lacre, era jodido cuando a la noche, el bote que te lleva por Buenos Aires, se sacude, cabecea y murmura tanto. Noches desde arriba del bote... noches con el bote en la punta del Obelisco, graficó alguna vez Luis Lacre.

Noches así ocasionan ese tragar con dificultad, además de ese gustito a mierda por todo lo revuelto, por todo lo que ha sido vuelto a probar.

Luis Lacre salió a la mañana. Ya estaba el sol, siempre febo llega primero, la calle y la gente. Ya estaba el café, la esquina y la mesa de café. Había pocas personas, y era mejor así, hoy Lacre llevaba una cuota de abstracción que lo hacía festejar todo aquello que estuviera casi vacío. La abstracción a la que Lacre llegaba no era un pensar desdibujado de la nada, todo lo contrario, su abstraerse lo configuraba el conocimiento, la observación meticulosa de todo cuanto lo rodeaba. Al menos así lo declaraba, Abstracción no es dibujar boludeces sin sentido... abstracción es pintar un tipo con cuatro pinceladas que hablen de todos los recovecos del tipo... y no cualquiera hace un ñato en cuatro pasadas. La abstracción era un tema en el que Lacre pensaba siempre. Un objetivo cierto saber transmitir de manera rápida y certera aquello que las personas son, quieren y precisan. Luis Lacre sabe de las dificultades de los territorios de la abstracción, Fácil no es... pero se busca, se intenta.

Luis Lacre está sentado a la mesa. Dos tragos de café, la mirada a través de la ventana y un colectivo y una mina con un par de piernas impresionantes, y ese gustito a mierda que sigue en la boca de Lacre. Se siente desgano, la voluntad se pierde, casi se pierde, como alguien escribió, la voluntad se hace nube, es nube y quizá se vaya a las nubes, tal vez con la muerte, tal vez en días como estos en que todo es pesado, las piernas, el recuerdo, el pocillo de café, la abstracción y la obligada cita de Lacre en el sanatorio.

Buenos días... buenos días a todos, repitió Luis Lacre, desde la plaza hasta cada tramo de escaleras en el sanatorio, y las palabras pesaban como nunca. Volvió a la calle, desembocó en la avenida y ahí seguía Pablo con

su peculiar balanceo en pos de las hipotéticas monedas; cruzó la avenida para pasar cerca de Juan que tan bien había enseñado a Dieguito a extender el brazo. Luis Lacre se encontró diciendo, Como papá... qué bien... cruzando la avenida para pasar cerca... como cuando de pibe me cruzaba para pasar cerca de la piba que me gustaba... como papá... como cuando... qué día de mierda.

En la plaza llegó hasta el puesto de libros viejos, pero no copió texto alguno, sólo el título, los datos del libro. Lacre escribió, “*Supersticiones del Río de La Plata de D. Daniel Granada, de A. Barreiro y Ramos, editor, 355 calle 25 de Mayo 355, Montevideo, 1896, es propiedad, Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de La Plata*”. Lacre devolvió el libro y el hombre del puesto se extrañó un poco por la brevedad de la escritura.

Luis Lacre se fue caminando despacio por uno de los senderos de ladrillos de la plaza. Sucedió que en un momento y cuando en forma automática desvió la vista para seguir la carrera de un perro de raza Pepa, que era su raza preferida de perros luego de conocer a “la Pepa”, se encontró con el hecho de que estaba siendo observado. Alguien lo miraba desde otro sendero.

Era una mujer y lo había estado siguiendo. Lacre estaba seguro como seguro había estado cuando Hugo Primus apareció, por primera vez, en escena. Lacre pareció recuperar algo de aire o de voluntad en forma de nube. Siguió caminando por la misma senda y de reojo seguía los movimientos de la mujer.

Dos muchachos en plena charla caminaban por la misma senda que Lacre, pero en dirección contraria. Casi en el momento del cruce, dos metros antes, Lacre se va achicando sobre su banquina, cuando escucha, Hay que darle para adelante... no hay que aflojar hasta el mundial.

Luis Lacre camina por la avenida, camina por la vereda de la plaza, un paso, otro paso, el grito y la corrida de un pibe atrás de una pelota, el semáforo que corta, otra mina con mejores piernas que la descubierta desde el café, una perra, diría Lacre si tuviera ganas de decir; un Luis Lacre al que de ninguna manera se le va ese gustito a mierda que tiene en la boca.

XXVI

Habían pasado varios días desde la última reunión en el departamento frente a la plaza.

Hugo Primus, sin tener ninguna razón de peso, dejándose llevar por esa clase de días que no paran de tirarse, en un segundo, desde el barranco de la tarde, no había llamado a Rubén de Tres Esquinas.

Como Luis Lacre había dicho, A toda historia le llega su momento, así Hugo Primus se había preguntado, ¿Por qué no lo llamé antes...?, hubiese sido todavía más interesante... todavía más instructivo.

Así Primus llamó y se encontró con Rubén en una plaza. Rubén prefirió una plaza y una tarde.

Acá estamos, amigo Primus... Primus, el invitado... nunca te olvides... es importante... acá estamos... encerrados en este mundo de mierda... en esta ciudad de mierda que te hace flecos de barrilete... es terrible ver tanta hambre, tanto desamparo... están los que no comen... cada vez que me siento a comer en casa... me da vergüenza por la mesa servida... y así y todo... puedo comer... están los que por ahí tienen para el pedazo de pan... pero, y lo demás... sabés, una vez leí sobre la imagen suprema de la soledad... y entendí al que escribía... me la fui a

buscar... quería verla con mis ojos... ¿sabés cuál es la imagen suprema de la soledad...?, te cuento, Primus... la imagen suprema de la soledad... necesita para manifestarse de los siguientes elementos... una estación terminal de micros o de trenes... también alcanza con los alrededores... una hora ubicada entre las diez de la noche y las dos de la madrugada... un bar o restaurante barato... una mirada perdida en el cristal que casi siempre está sobre una avenida... un hombre sentado a la mesa recubierta de formica... esta es la imagen suprema de la soledad... un hombre comiendo solo en medio de la noche... un hombre que no eligió comer solo y que come solo... entonces, uno ve cosas, escucha cosas... ¿y...?, cómo mierda hacer algo... después aparece Luis... y bueno, y dale... como ya te dije... y me agarran todas las dudas... no hay caso... hay momentos en que no creo que las miserias... y los miseriadores... puedan dar un paso atrás porque entendieron... todo por las buenas, no lo veo... cómo dejar de lado las ganas, la posibilidad de cargarte a los principales mierdas... y ahí está Luisito y su mitología... su sueño... y me hago mito... nuevo mito porteño... triste... tristísimo... y aparece la jugada mayor... un nuevo desafío... golpear en el cruce de avenidas... y a veces no tengo ganas de nada... así y todo, ahí estuve... escuché el plan... esperé el día... pero, otra mierda, Primus... a vos te parece... ¿dónde vivo...?, ¿dónde vivís o dónde vivimos, Primus...?, sabés... desde el principio me dije... muy literario, hermano... ahí la falla... muy literario... y si el escrito te sale muy así es porque, hermano... te falta un trago de realidad... meta papel y planes... palabra y gesto destacado y... ¿y, Primus...?, a vos te parece que a ninguno de nosotros... nosotros que tanto sabemos de realidades... y que tanto nos preocupamos por muchos tipos que no la ven ni cuadrada... nosotros, en plena avanzada... de payasos... de payasos pelotudos... establecemos la fecha de la opereta justo el día que juega Argentina y Brasil... en directo por televisión de aire, Primus... entendés... ninguno sabía... nadie pensó... somos un grupo de pelotudos... que al llegar a sus puestos... se avivaron que en la calle no estaba ni el loro... vos quedás afuera de tu rol de invitado radial... porque en tu lugar va a estar un tipo... que va a comentar las situaciones del partido... y es que así iba a ser... así tenía que ser... la mitología de la tristeza... sí que es triste... tan triste... porque la gente sigue sin morfar... sin amparo posible... cómo podemos ser tan tristes, terminó de decir Rubén de Tres Esquinas.

Hugo Primus no pronunció palabra. Podría haber hablado. Primus tenía para decir, también tenía para preguntar. Miró a la plaza buscando esas cosas sin nombre que nunca se encuentran, pero que tanto ayudan a desviar los ojos cuando la hora lo pide.

Rubén estaba en silencio. Después, un último latigazo de pesadumbre salió de su boca, Atentos... atentos al suceder diario... guardianes... acá estamos... intentando... y yo siempre con mi duda... sí, pero no... no, pero sí... y se nos pasó el partido... fútbol, nada más que fútbol... ahora, Primus... da miedo pensar en cuántas cosas más se nos pueden estar pasando.

Rubén de Tres Esquinas golpeó las palmas de sus manos contra las rodillas y se paró. A Primus le dijo que por esta razón había preferido una plaza y no un café, Para poner distancia... con la ciudad... con Luis... me siento un pelotudo, Primus... me voy... pero antes te regalo estas líneas de poeta olvidado... no iba a recitar nada... pero ahora sí... te la bato porque estoy en retirada

La engrupía de pesado en las esquinas:

funyi fuera de moda, requintado,

*triste caricatura del pasado
y un querer ser deseado por las minas.*

*Facha de sobrador de cada cosa
y la pose de estar del todo vuelta;
incluso en la junada, la resuelta
tranquilidá del choma, rencorosa.*

*Pero una tarde se le vino abajo
la estantería que había levantado
copiando fiorituras de pesados
que florearón su feite entre lo chic,
cuando un gomía, al piantar del trabajo,
le dio la cana morfando en Pumpernic.*

Doce

*Juan Bara estaba bastante cerca de la pared.
Hijos de puta, repitió una vez más.*

Juan Bara se acomodó en su nuevo lugar y pestañeó dos veces. Pasado un momento, sus párpados bajaron. Ya no era un pestañeo buscando claridad, despejando dudas o el simple intento de cortar en pedazos este universo de esquina en San Telmo. Esta vez, sus párpados bajaban lentos. La lentitud, tan depreciada en los alrededores de la esquina, era la música acompañante con la que Bara decidía ensayar su acto final. Juan Bara buscaría de esta manera, con lentitud, su camino para cerrar los ojos.

Todos debemos cerrar los ojos, pensó Juan Bara que estaba bastante cerca de la pared.

Juan Bara bajó los párpados por primera vez. Bara podría bajar el cortinado mirando a tantos como él que caminan por distintas esquinas. En la mierda se camina de distintas maneras. Esperando las sobras a la salida de restaurantes, parrillas y de todo lugar donde los que todavía pueden, comen y producen la basura, el sobrante vital para tantos que así, de esta manera, caminan la mierda.

Bajar el cortinado mirando a tanto cuerpo amontonado, caído, llovido de cansancio en cuanto hueco, entrada, hendidura dibujada en la vereda que imite el mínimo gesto de un refugio. Tanto cuerpo amontonado, caído, dejado, olvidado, invisible en las escaleras del subterráneo, ahí, en las calles centrales de la bestia que cada vez se duerme más temprano. Así en las escaleras del subterráneo, así en las plazas y así en cada una de las sombras, engañadas con promesa de descanso, por una ciudad turra y despiadada. Bara mirando a los caminantes de la noche, porque el gran camino se hace a la noche, que parecen no querer detenerse. Viven viajando tantas cuerdas de noche, tantas cuerdas de la más puta soledad. Viven las calles vacías de la ciudad pura mierda que Juan Bara nombra “mi mierda”. Bajar los párpados mirando a los habitantes de la otra ciudad, del otro mundo, del más allá del último escalón, la otra tierra. Los habitantes se asoman por la noche, así cuenta la leyenda, así es como se habita en el más allá del último escalón, la otra tierra. De día, apenas les queda el favor de los espejos, que según el mítico juglar, son los únicos que ofrecen esconder sus reflejos.

Juan Bara abre nuevamente los ojos a los alrededores de su esquina. No hay nadie en las cercanías que pudiera mirar hacia Juan Bara; nadie que pudiera hablar con Juan Bara; nadie que pudiera llamar a alguien que quizá mirara o hablara a Juan Bara.

No hay nadie y Juan Bara no se mueve. Sigue en la esquina abrazando sus piernas, cerca de la pared, moviéndose como los pájaros, como esos pájaros que él tanto detesta, cuando buscan un lugar para morir.

Nadie puede saber la manera de reaccionar de Bara en un día o en una noche como hoy. De aparecer alguien, tendría una historia para contar, imposible saberlo; tendría sólo el cuerpo para ofrecer y por lo tanto con sangre se derramará el vaso barato en tanta desesperación, otra vez, imposible saberlo.

Las caras ya no están, ya no se acercan. De los que vinieron a Juan Bara, sólo algunos volvieron. Pero entre tanto ir y venir es lícito informar que Bara no iba ni venía de ningún lugar. Mientras ellos caminaban, Juan Bara se transformaba en su esquina de San Telmo. Demasiado tiempo para no ir a ningún lado.

Así como Juan Bara recuerda los otros tiempos en que era aquel que hoy ya no es, así también recuerda los otros tiempos en que alguno entre tantos, alguno entre los demás veía la esquina, la figura en la esquina, y se detenía.

Hace mucho tiempo que Juan Bara no recibe palabra alguna. En estos tiempos, ellos no están, pero porque nunca llegaron.

Juan Bara baja los párpados con lentitud buscando mirar en el recuerdo otros momentos. Luego de pronunciar un mínimo “ojalá” para esta vez llegar al recuerdo elegido, la buscó a ella que venía desde los años en que la mujer quedaba dormida entre un vaso vacío y la luz que entraba por la ventana. Bara pudo traer a sus párpados cada instante de la historia. El “ojalá” había dado resultado, pero sólo trajo cuatro imágenes, cuando él le robó la primera mirada, cuando en el café ella lo miró sabiendo el destino de sábanas, cuando desde el sur de su cuerpo él vio su cara y en ella la boca abierta, cuando él no le veía la cara porque ella dormía la vida hundida de frente a las entrañas de la almohada. Bara armó el recuerdo con cuatro fotos, cuatro bocetos, tres caras reales y una última imaginada.

Juan Bara podría seguir ensayando. Podría seguir en la búsqueda del lugar en el cual acomodar los párpados y la historia.

Pero no quiso, Para qué mierda seguís buscando en la mierda... para qué mierda seguís buscando en los días en que la vida parecía una vida y no una vida de mierda.

Juan Bara no se contestó, volvió a cerrar los párpados con lentitud y todo se hundió, párpados, ojos, historia y recuerdos, en una nube de tierra.

XXVII

Hubo una vez un hombre llamado Hugo Primus que fue siempre banca en la milonga. Así lo vieron tantos cuando las damiselas llovían a sus pies. Nada de alquilar la carne por nada. Ese Hugo Primus sabía que estaban las historias para vivir y luego dejar pasar y muy adentro guardaba la otra verdad que lo chamuyaba al oído, Está la historia que un día no vas a dejar pasar. Hugo Primus, no ya el que alguna vez hubo entre tanto tango de los

comienzos, sino el que hoy va de la mano de la Rusita, sabe que sigue siendo banca. Otro tipo de banca, ese momento que no se ve mucho desde afuera, pero que sí pesa, sí importa, para los adentros. La banca íntima es la mejor forma de anclar.

Hubo una vez un hombre llamado Hugo Primus que veía fragmentos de la ciudad. Buenos Aires se le revelaba a través de pistas. Primus había notado que, por ejemplo, el odio venía con la edad. Así sucede en la calle. Si bien no podía hablar de generalidad, no todos eran así, reparaba en la cantidad de personas mayores que vivían a odio pleno.

Buscando porqués en el tiempo descubrió que el odio llega cuando uno se va llenando de bronca, de injusticias que se fueron amontonando. Después supo que la ciudad contribuía, la realidad cotidiana se sumaba a los resultados de viejas guerras donde el tinte ético las marcaba a fuego. Guerras ganadas o perdidas y jamás olvidadas eran la base sobre la que la ciudad cargaba el trago en un goteo constante. Así la mujer que lo engañó se asociaba a años y años de cobrar una jubilación miserable; así la muerte de un hijo, ocasionada por negligencia de alguien que nunca pagó, se sumaba a tener que saber que el otro hijo hacía meses que no podía conseguir un trabajo.

Hubo una vez un hombre llamado Hugo Primus que registró la imposibilidad de volver a aquellos lugares donde una persona había trabajado. Primus sabe que hoy a la imposibilidad del regreso se suma la casi total falta de trabajo que es mucho peor que el no poder regresar. Pero para Primus, esta imposibilidad siempre fue un tema. Sabía de tanta promesa hecha, Buenos Aires fue siempre la ciudad prometida, por el regreso, por la visita, por ese misterio de seguir en contacto con las personas y los lugares que hasta recién hacían el mundo, ese mismo mundo que desde ahora ya no tendría refugio. Primus sabía del desdibujarse de los lugares y de las relaciones prometidas en eternidad, sabía que algo turbio se arrastraba en las calles y por esto mismo comprendía que era imposible que Buenos Aires tuviera piedad de sus criaturas. Hecha en piedra y tango, hecha en raspones y barrios, ahí se aparecía Buenos Aires, la eterna ciudad prometida.

Primus se había detenido en muchas cosas y en muchas más se detuvo cuando conoció, en la plaza cercana al sanatorio, a Luis Lacre y con él a su intentona mitológica.

Después del paso de cierta cantidad de años, la capacidad visual del caminante de la ciudad, al menos tiene la posibilidad de adquirir una mayor riqueza. A este crecer hipotético se suman los encuentros azarosos que dibuja el destino y que pueden ayudar a cerrar ideas o iniciar pensamientos nuevos. Hugo Primus así lo había pensado luego de conocer a Luis Lacre.

Después de la intentona mitológica, Hugo Primus miraba distinto y también tenía en claro que mirar era algo, pero no era todo. Hasta ese momento había escuchado atentamente y así había observado el proceder de Luis Lacre. Mientras miraba, escuchaba y se cambiaban ideas, había logrado acomodar todavía mejor sus pistas sueltas. Tenía mucho más claras las razones por las cuales amar a Buenos Aires y mucho más claras las otras que lo llevaban a odiarla. Sabía de la maravilla del barrio, de las personas hechas de barrio y sabía del destino de odio, bronca y puteada de la mayoría de esta buena gente de barrio. Sabía del azar de Buenos Aires uniendo destinos desconocidos en un minuto y hasta el final de la vida y sabía de tanta promesa suelta que no llegaba a vivir ni veinticuatro horas.

Hugo Primus vive de la milonga. De ella sale su techo, la comida, la ropa para los suyos. De la milonga salen algunos libros, cenas, música, el médico, la ayuda al amigo. Primus siempre dice, Tengo que hacer algo... para que no me coman los albatros. Primus es un tipo afortunado de poder evitar los albatros haciendo aquello que le gusta. Él lo sabe, tiene su tango, pero también sabe que puede contar con los dedos de una mano los amigos que pudieron elegir su manera de ganarse la vida.

Ciudad hija de puta, acomoda Primus mientras redondea su crónica de la mitología de la tristeza y de sus a favor y en contra, Llegó la hora de sentarme a charlar con Lacre... ya vi... ahora es el momento... vengo con todo atragantado desde el pibe que vendía lapiceras en el café... voy a hablar con Lacre.

La Rusita dijo sí bajando la cabeza y encendiendo el cigarrillo que desde hacía un instante colgaba de entre sus labios.

XXVJJJ

Vengo con todo atragantado desde aquel pibe... el que vendía lapiceras... por un peso... aquel encuentro en el café... ahí, a pasos del centro... usted, Lacre, estaba hablando... que había que terminar con eso... ¿cómo es que dice...?, sí, con lo del pobre viejito... el que no tiene casa y está loco... hay que lograr que vean distinto... y todo eso de que la mierda ahora la tenemos acá... y que como acá en la ciudad siempre tuvimos lo mejor... esta mierda, todavía es la mejor de las mierdas... la mierda del interior es como siempre... mucho peor... sí, piensen en las provincias... las reservas aborígenes... y todo bárbaro, Lacre... pero sabe algo... lo vi... lo vi en ese café del centro... ya hace un tiempo... y ahí estaba... ante mí, el hombre que proponía... que trataba de ver más allá... el hombre de las historias tristes... que no reparó en el pibe que vendía lapiceras... por un peso... y no me vaya a salir con que no necesitaba lapiceras... Lacre, usted siguió como si nada... el pibe ahí parado y usted no movió un dedo... no dijo ni gracias porque estaba ocupado en cuestiones serias... realmente serias.

No es así, Primus... usted se me queda en la superficie... no es así, para nada... sucede que debía seguir con el desarrollo del concepto y.

Váyase a la mierda... con todo respeto, Lacre... usted no se inmutó... metido en la gran mierda globalizada... no repara en los detalles de cada día... entonces, desde ese día... algo comenzó a molestarme... algo no cerraba en su mitología de la tristeza... y no era porque nada más me quedaba en el costado extraño del proyecto.

¿Extraño...?, por qué extraño... qué tiene de extraño pensar en los demás.

Extraño era extraño, Lacre... no era organizar un comedor... juntar donativos... bueno, los parches de siempre... era comenzar una poco común campaña publicitaria... sobre las historias tristes... pero, Lacre, no me lleve para otro lado... ese pibe fue el principio... cómo pudo proceder así, fue mi primera pregunta... después apareció el límite... porque, escuche, Lacre... en ningún momento pensó que con ver no alcanzaba... en ningún momento, y esto por favor, con todo respeto... en ningún momento se sintió un boludo... porque yo... y nada más que por mirar y escuchar... me fue pasando.

Boludo puedo ser... pero, Primus... usted sigue equivocado... estoy al frente de la mitología... y estoy convencido de que sirve como herramienta de cambio... a través de ella se puede lograr un avance sobre la cruel

invisibilidad... de tanta historia triste... repito... puedo ser un tanto boludo, pero pienso... pienso en ellos, Primus... pienso en el pibe que vende lapiceras... pienso, Primus... sí, señor, pienso y mucho y por eso actúo... hacer visible las historias tristes es el primer paso... que más adelante se encadenará al siguiente... sé que venimos de una experiencia fallida... no haber previsto el partido de fútbol fue una boludez.

Se equivoca, Lacre... otra vez creo que se queda en la anécdota... no fue una boludez.

Volveremos a intentarlo, Primus... ya verá... la batalla espera, Primus... volveremos a intentarlo porque no olvide... que ellos siguen ahí afuera... fíjese qué oportuno... que ayer nada más... me cruzo con una joven mujer... y hablando sale el tema de la violencia... otra cuestión que me interesa... y ella horrorizada centra su desconcierto... su descontento con la sociedad que le tocó en suerte... en la violencia... un hombre desocupado... había visto la nota en la televisión... había atacado y matado a otro hombre que volvía de su trabajo... en el que ganaba una miseria... una barbaridad... pero nadie, Primus... hace la siguiente cuenta... nadie repara en la transformación operada en el agresor... enseguida es asesino y es verdad, ha matado... pero, Primus... está el pero... que debería llevar a los demás a mirar el pasado del agresor... cuánto es el tiempo que lleva cayendo... ya le dije, Primus... la línea que separa el tener y el no tener cada vez es más fina... en qué queda transformado el hombre cuando los lazos que lo unen al mundo... se cortan... de a uno o todos juntos... en cuánto tiempo se deja de ser el hombre que trabajaba por un techo... daba de comer a sus hijos... y se levantaba todos los días para hacer aquello que tenía que hacer... cuánto, Primus... y cuántos, Primus... cuántos son los que saben de estos seres que alguna vez fueron hombres... cuántos saben de estos seres agazapados... a los que es muy cómodo juzgar con las leyes de los hombres... no son hombres porque ya dejaron el puerto... tampoco son animales... son seres que quizás... en algunos momentos... recuerden la época en que fueron otros... hay que pelear para que los que no ven... vean... y ahí la mitología.

No digo que así no sea la historia, Lacre... pero, por favor, entienda... que ese primer paso del que usted habla... quizá sea una apariencia... un estar a mitad de camino... hago y no hago... en el medio... entre las butacas y el escenario... y usted juega con un tiempo que ya no existe... usted planea mitos y los hombres siguen cayendo... usted ya ve... usted sabe, Lacre... y yo también sé... ¿entonces...?, creamos más mitos para los que no ven... al fin, gracias al juego... quizá vean... ahí es donde me pega, Lacre... ahí lo veo como un boludo... o como un cómodo más... o como un viejo loco lindo... disculpe, no quiso ser ironía... ahí es cuando me terminé preguntando... pero, este tipo, ¿qué hace...?, y llegué a una conclusión... y que es básicamente... lo que vine a decirle... Lacre, yo creo que usted no hace nada... en serio... creo que nada más juega... no es que lo crea un mierda, no... eso no... pero no pasa del juego... hay otros caminos para hacer cuando ya se ha visto... usted no hace nada... usted ve... por lo tanto está en deuda... igual que yo... que ahora veo más claro.

¿Cómo que no hago nada...?, qué dice, mi amigo Primus... usted, el testigo... dice que no hago nada... cuando ya ha visto parte de mi obra... la mitología... que si usted mismo se escuchara... descubriría que sirve... pero cómo se atreve a hacer tamaña afirmación... no hago nada... se equivoca... otra vez, Primus... otra vez se equivoca... tome... lea estas líneas que he copiado... lea, Primus... mientras miro por la ventana... todavía se ve la plaza.

Yo leo, Lacre... pero sepa que una vez que se ve... se debe hacer... pero hay que poner los huevos arriba de la mesa... no alcanza con que sólo suban hasta la garganta.

Hugo Primus tenía en sus manos la libreta Norte con las tapas llenas de animales. Era la libreta donde Luis Lacre copiaba textos cuando pasaba, por el puesto de libros viejos, que había en la plaza cercana al sanatorio. Las tapas no se veían por obra y gracia del espiral oscuro y del escriba que la entregó ya abierta. Primus leyó.

“El sapientísimo vulgo parece arrimarse á la opinión de González de Salas. Para él, ciertos sujetos, con señales notorias, publican su condición de zoántropos. El ser, por ejemplo, muy flaco y bajito, ó muy escuálido y alto, con algo de singular en sus costumbres, le hacen sospechoso: ése es muy probable que sea lobisón. Los extremos se tocan: ó muy alto, ó muy bajo, pero chupado y misterioso en uno y otro caso. También es indicio casi seguro de zoantropía la circunstancia de tener los dientes superiores, como dicen, salidos, es decir, cuando, por un defecto de la mandíbula, salen fuera de la boca. Á los que ofrecen esta particularidad llaman boquines. Los dientes salidos arguyen, á la cuenta, las aficiones caninas de la persona. También en este particular parecen conformarse las opiniones del vulgo con las enseñanzas de Leví. Según Leví, como se acaba de ver, la fisonomía de cada individuo lleva marcado el sello de su instinto predominante. Esta circunstancia le predispone á transformarse, por medios adecuados, en el animal cuyo instinto manifiesta predominar entre las condiciones de su carácter. Por tanto, quien con la disposición de sus dientes manifiesta ser capaz de dar una tarascada lobuna, da á conocer que tiene instintos de lobo, y la consiguiente predisposición á transformarse en esta feroz alimaña: no le falta más que la piel de ella, para serlo en cuerpo y alma”.

Ahí los tenés de vuelta, Primus... es como que siguen en la misma... la sociedad te apunta por apariencia... nunca hace preguntas... si sos flaco... alto o bajo... chupado... podés ser la bestia que ellos esperan... la ley del porque sí... la mitología ayudará a cambiar... a preguntar y así conocer el mecanismo... para cambiarlo definitivamente... hasta ahora nunca los vieron... sin embargo, ahí estaban... ellos, los vampiros de Buenos Aires... esos que nadie ve hasta el ataque... de esto trata el libro que estoy escribiendo... de vampiros.

¿Escritor...?, además escribe... está bien... es una manera de hacer... pero antes de seguir cambiando figuritas... dígame, Lacre... ya que habla de libro... y vampiros... por qué me da a leer un texto sobre lobisones.

Primus, el texto que leyó... lo extraje de un libro editado en 1896... también investigo... y si leyó lobisón y yo digo vampiro... es porque no importa tanto el nombre de la criatura, sino su transformación... además... para mi novela... la imagen del vampiro era más conveniente... el vampiro tiene cierta cercanía a nuestro hombre de tango... no me cerraba el lobisón... sí, el vampiro... el tango... pero esto es sólo anécdota... importa aquello que ya le planteé... piense, Primus... el tango y el vampiro... tienen en común la sangre... el tango va a través de la sangre... en busca del placer y el erotismo... lo que transforma al tango en un vampiro a contramano... el vampiro va a través del placer y el erotismo... a la sangre que lo lleve a la inmortalidad... de todas formas, amigo Primus... mi vampiro llega a la sangre nada más que para sobrevivir... sin para qué, como el tango... pero quizás... en el fondo del vaso... todavía espere la llegada de gente con historias... quizás esto, para usted, Primus... sea no hacer nada... pero para mí es importante... mi novela es sobre un tipo... un vampiro entre comillas... que vive solo en una esquina... el sistema lo exilió... cómo que no hago nada... además de nuevo mitólogo, soy un escritor de novelas que nadie publica... y ahora estoy trabajando en la base de esta novela de vampiros porteños... que no hago nada... cómo que no hago nada si estoy desesperado... me desespera pensar entre las cuatro paredes de mi casa... pensar en toda esta mierda que me rodea... antes del café... antes de empezar el día... sí, por eso... además escribo lo que nadie lee.

Por qué, Lacre... está tan seguro que nadie va a leer sus libros... justo usted me lo dice... que tanto espera cambiar.

Debo admitir, Primus... a veces, pega bien... a veces atrapa el detalle justo... sí, debo admitir tantas cosas... pero la lucha es grande... escribo porque así se me da la vida... me hace feliz... una vez... un amigo, me hizo esta definición del escribir... escribir es como coger... pero coger con la mujer que amás... entonces no se piensa... se hace, se escribe... se cuentan historias... así es como escribo libros que nadie lee... y sobre la novela... una novela que cuenta miserias, poco interesa... y más allá de que mi descenso a la miseria y el hambre... sea literario... porque, sabe algo, amigo Primus... así como uno no lo puede evitar y escribe... y se encuentra con el tema... y sabe que no hay otro camino... que ese es el tema y ningún otro... porque vio la punta justa... porque algo rebotó en la memoria y entonces... ahí el tema... digo, más allá de eso... y en cuestiones como sobre las que cuento... estoy afuera... al menos, en lo personal... todavía no terminé de caer... todavía no llegué a todas las miserias que ofrece Buenos Aires... en casos como éste... siempre lo ves de afuera... sea el intento que sea... porque uno está afuera... y sin embargo, lo hago... crónicas, un cuento... novela, escritor comprometido... pero desde afuera... como sólo lo puede hacer el que está afuera... y como yo, muchos más... distinta e inevitable forma de hacerse la paja... onanistas exteriores... sí, Primus... más allá del discurso que pronuncio... hay que hacer... estamos en deuda porque vemos, Primus... tiene razón... mucha razón... a veces... me siento tan boludo que no puedo... ni siquiera mirar al pibe que vende lapiceras por los cafés.

Hugo Primus y Luis Lacre no dijeron más. Se acercaron a las ventanas y la plaza ya no se veía.

Trece

Cuenta la leyenda, la misma que dice que Juan Bara nada sabía de la oscuridad primordial, pero sí de las oscuridades diversas que habitan su mierda, que alguien corrió la voz.

La leyenda cuenta de un viejo loco que se quedó muy quieto en una esquina. Cuenta que a la esquina llegaron cuatro historias y un testigo. Pero era tarde, fue tarde, cuando llegaron a la esquina de exilio de Juan Bara. Las cuatro historias y el testigo llegaron para apenas espiar el último de los espejos de aquellos cantados por el mítico juglar, llegaron justo cuando la tarde lo cajoneaba en la ciudad.

Juan Bara se había ido entre recuerdos, porque Juan Bara era apenas memorioso para contar las caras de los que ya no están. Sí, él había dicho que ellos ya no estaban y fue extraño y fue muy cierto. Ellos no están, había dicho Juan Bara, pero porque nunca llegaron.

ENCUENTROS AZAROSOS

Bara: cuenta la leyenda que el cobarde llamó Bara a Juan cuando se enteró que Theda Bara fue el nombre artístico que usó la actriz Teodosia Goodman en su papel de mujer vampiro en el film “*Este era un loco*” (1915), historia inspirada en un poema de Rudyard Kipling, *El vampiro*.

Fasolera: cuenta la leyenda que el cobarde sufrió la ocurrencia, el nombre, mientras veía, una vez más, a la mujer que junta fasos por la avenida.

Lacre: cuenta la leyenda que el cobarde supo que así también se nombraba a la sangre y entonces fue el apellido del hombre que sabe de vampiros.

Maquieta: composición caricaturesca que un autor hace de un personaje, que es la manera como cuenta la leyenda que el cobarde llegó a María. Pero otra versión afirma que el cobarde nada más vio en la calle al hombre del teléfono.

Primus: cuenta la leyenda que el cobarde siempre supo que el término nombraba un artefacto calentador, es más, junto con su amigo Gerardo, alguna vez compró uno. Primus era la marca del calentador y sería la marca del milonguero especialista en calentadas.

Rubén: cuenta la leyenda que el cobarde vio a un hombre en una esquina, momentos antes de su cena. También cuenta la leyenda que en el café Margot del Barrio de Boedo, conoció a Rubén Derlis, poeta de Buenos Aires, y después fue el tiempo de la escritura.

ALGUNAS PALABRAS MÁS

La manera de registrar los diálogos en este *Tango novelado* es deudora de la que utiliza José Saramago en sus novelas. La decisión es simple, luego de leer diálogos y diálogos en la literatura, me quedo con la manera de escribirlos del portugués debido a la sensación de que efectivamente contribuyen en forma a la lectura de una novela. Entonces así decidí escribir los cruces verbales.

Durante la escritura de mi *Tango novelado* me di cuenta que de alguna manera el escrito se apoyaba en el “no ver” que plantea Saramago en su *Ensayo sobre la ceguera* de forma explícita, y que completa por otros caminos en *Todos los nombres* y *La caverna*.

Así declaro estas cuestiones, una por elección a la hora de la escritura y la otra porque así lo descubrí mientras escribía.

Dos hechos finales, el placer de comprobar la presencia de aquellas lecturas que llegan a fondo para no irse jamás y mi amor-odio declarado a mi Buenos Aires, a mi tierra, hoy en poder de los obscenos mercaderes de la

mierda. Contra ese poder juegan su carta muchos hombres solidarios que no dudan en poner los huevos sobre la mesa. Miran desde afuera este paisaje de intereses enfrentados, todos los integrantes de la mitología de los cobardes, entre los que me encuentro, especializados en trabar sus huevos a la altura de la garganta y nada más.

Doy gracias a los *Versos de Juan Veder* del poeta para nada olvidado, el amigo Rubén Derlis; a la voluntad como nube, vista por Blimunda cuando iba de la mano de José Saramago, en *Memorial del convento*; a las líneas al tango de ayer, de Julio Martín Lois.

Otra vez doy gracias a mis amigos escritores, Hugo Ditaranto y Gabriel Montergous, por acompañar mis intentos de escritura. Al tano Ditaranto especialmente por ser autor de afirmaciones tales como la de “hablar con sombra” y “escribir es como coger... pero coger con la mujer que amás”. Gracias a Charly García, el mítico juglar y gracias a mi amigo Luis “Solanás” Labanca por toda la asesoría tanguera.

Mi agradecimiento a los directivos de Ediciones Papeles de Boedo por acompañar mi *Tango novelado*; al Fotógrafo Eduardo Noriega por ofrendar una de sus imágenes para la tapa del libro; a la escritora Mónica López Ocón por su ajustada escritura en la contratapa y por la revisión final del texto; a la fotógrafa Daniela Sabanes por su mirada de contratapa en un café; a Carlos Salatino por su delicada labor en el diseño gráfico; a Quique Villegas por imaginar el sabihondo que, sentado a una mesa de café, ilustrará esta nueva serie, *De sabihondos y suicidas*, de Papeles de Boedo.

El autor

Este libro ha sido distribuido gratuitamente por <http://elciruja.unlugar.com> , cualquier tipo de comercialización del mismo sin expresa autorización de su autor constituye delito penado por leyes internacionales de I. S. B. N.